

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EXTREMADURA

EFEMÉRIDES DE FEBRERO

1808

ALGARADA DE LOS FRANCESES SOBRE GUADALUPE



QUEDARON, pues, en mútua observación uno y otro de los ejércitos procurando el de los españoles mantener sus posiciones de la izquierda del Tajo, y el de los imperiales dirigiendo sus miras á aparecer en la ofensiva, aun cuando en espera del momento en que comenzaran los movimientos combinados en grande escala para la ejecución del vasto plan ideado por el Emperador. A fin, sin embargo, de sostener esa apariencia de ofensiva con que alardear siempre de vencedores, aún intentaron una maniobra que, además, les serviría como de reconocimiento para las otras sucesivas que esperaban ya en época muy próxima. Sobre el 19 de Febrero; esto es, unos 20 días después de su retirada de Almaraz, pasaban el Tajo dos divisiones francesas por el puente del Arzobispo. Con eso el general Trias, que había vuelto á sus anteriores posiciones de Valdelacasa con unos 3 ó 4.000 hombres, hubo de retirarse á Fresnedoso y los franceses prosiguieron á aquel punto y á Villar de Pedroso por su derecha y, al mismo tiempo y de cara, á Mohedas y el puerto de San Vicente. Creyó Cuesta que el objetivo de los franceses era el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y encargó al teniente coronel Balanzat, comandante de todos los puestos que iban aquéllos acometiendo, cerrara el paso del Hospital del Obispo, desfiladero angostísimo á tres leguas de Guadalupe, al que también ordenó acudiesen dos batallones de los que el brigadier Valdenebro tenía situados

en Santa Olalla. Por el pronto no tenía Balanzat sino muy escasa fuerza ni pudo ser socorrido más que por dos compañías de Mallorca; pero tan aprisa anduvo y obró con tal energía, que el enemigo encontró cortado el camino en el Hospital, y si al fin lo superó flanqueándolo por los montes, fué acosta de mucho tiempo y de bajas no insignificantes. Tan escarmentados quedaron que, sin llegar á Guadalupe, viendo acudir los dos batallones de Valdenebro, cuya procedencia así como las posiciones de Cuesta ignoraban, tornaron á Puente del Arzobispo para no repasar el Tajo hasta un mes más tarde. Pero ya que no pudieron vengarse en el célebre monasterio á que se habían dirigido, lo lograron, y bien cruelmente, en Navalcan y Arenas de San Pedro, donde habían sido muertos 24 cazadores wesfalianos que, después de emborracharse hasta no poder más, *habían manifestado con demasia*, al decir de un compatriota suyo, *su inclinación por algunas mujeres del pueblo*. A la división Leval, enviada para castigar aquel acto, se unió un regimiento de dragones franceses, y, como según el mismo historiador, *Dragones, Asesinatos é Incendio eran sinónimos en la Península*, la división alemana arrojó de Arenas á sus defensores y los dragones quemaron las casas, mataron á los ancianos y niños y deshonraron á las mujeres que huían de las llamas «¿Hay que admirarse entónces, exclama el alemán Schépeler, de que un español, después de ofensas tan sangrientas, atropellase á los provocadores si los encontraban aislados y que, lo mismo que el soldado creía deber vengar á todo hombre de su uniforme muerto, viera él en cada enemigo un cómplice de las desgracias que se le hacían sufrir?»

Días antes había recibido el duque de Bellune instrucciones del mariscal Jourdan en consonancia con las del emperador trasmitidas por Berthier. Jourdan le ofrecía para su campaña en Extremadura y la subsiguiente á Sevilla ó Portugal, según las circunstancias, fuerzas de todas armas, cuyo número podría ascender al de 30 y, quizás, al de 40.000 hombres.

1810

· ACCIÓN DE VALVERDE DE MERIDA

Por activa y cruenta que fuera la lucha en Asturias y su antigua y clásica metrópoli, había entablada otra en Extremadura que imponía más á los enemigos de España por la próxima á su nueva conquista

de las provincias andaluzas. Ya vimos en el capítulo anterior cómo el mariscal Mortier, burlado en su intento de apoderarse de Badajoz, se había retirado á Llerena, observando al mismo tiempo que aquel país no se sometería á la dominación francesa con la facilidad que el andaluz. Los extremeños, aun con el ejemplar del año anterior y el abandono en que se veían del ejército inglés que había trasladado su campo á la cuenca del Tajo, seguían mostrándose más y más decididos por la causa nacional.

Se hallaba entre ellos el marqués de la Romana, nombrado nuevamente, como también dijimos, por la que pudiéramos llamar efímera Junta revolucionaria de Sevilla para el mando del ejército de la Izquierda que, después de algunas dificultades, le entregó el duque del Parque, destinado á Cataluña. Romana, renunciando á que se le incorporase la 4.^a división, acantonada en el Vierzo á las órdenes del general Garcia, por lo distante sin duda y por lo transcendental de la misión que se la tenía encomendada, distribuyó las tropas, ya medianamente reorganizadas desde su descalabro de Alba de Tormes, en una extensa línea que, partiendo de Ciudad Rodrigo, donde quedó también la división de vanguardia que mandaba Carrera, iba por Alburquerque, Campo Mayor y Badajoz, á Olivenza; formando su extrema derecha la división Ballesteros, 3.^a del ejército, la cual observaría las avenidas de Sevilla. Ese ejército, organizado en cuatro grandes divisiones, podía contar con 26.000 infantes, 3.000 caballos y alguna, aunque muy poca, artillería; pero nunca para maniobrar reunido contra los imperiales que se iban aglomerando á su frente por el estado, sobre todo, de la caballería, falta de ganado hasta el punto de deberse reducir á unos 1.000 los caballos y esos diseminados por los pueblos de Extremadura para irse poco á poco reorganizando en los regimientos de su procedencia (1). Mas por el pronto, para no dejar en reposo ni un momento á la tropas francesas con que Mortier operaba en las comunicaciones de Andalucía, apoyadas en la cordillera de Sierra Morena y en último término en el Guadalquivir, se brindaron al Marqués varias partidas extremeñas y á su cabeza, principalmente, D. Antonio Morillo, individuo de la Junta de Badajoz que salió al campo con mucho de los que componían la famosa Cruzada que tantas veces hemos citado en esta historia como digna de imitación y, con efecto, imitada por los gerundenses con el éxito más brillante. La acción de Valverde al sorprender el 19 de Febrero en aquel pueblo al general Beauregard, que

(1) Véase en el apéndice núm. 7, el estado de fuerza de aquel ejército.

mandaba cerca de 1.000 caballos, hace mucho honor á Morillo, entre cuyos jinetes tanto se distinguió la guerrillera María Catalina Lopez, que citamos en el tomo precedente, herida en el combate nocturno calificado por un historiador de *salvaje* según el encarnizamiento que en él mostraron los extremeños.

La hazaña de Morillo llevó á Mortier á los Santos y luego á Llerena, pero procurando, á la vez, escarmentar al valiente guerrillero que, así, fué rechazado el 1.º de marzo por el coronel Musnier en Jerez de los Caballeros, al tiempo que otra columna francesa perseguía al teniente coronel Valladares que, al frente también de una fuerte guerrilla, maniobraba en Sierra Morena sobre las comunicaciones de los imperiales con Sevilla (1).

Pero, aun ofreciendo aquella lucha los caracteres de la entablada por nuestro pueblo en todas las provincias, las tropas de Romana eran allí las llamadas á, observando el nublado que se condensaba hacia la parte de Salamanca, evitar por los menos que ejerciese su exterminadora acción sin obstáculo alguno sobre Ciudad Rodrigo y la frontera de Portugal.

De ese destino para el ejército de la Izquierda resultó la situación eminentemente estratégica que le había impuesto el marqués de la Romana al tomar su mando. La del Ibor, que ocupaba antes para hacer frente al 2.º cuerpo francés establecido en Talavera y sus inmediaciones de la derecha del Tajo, era insostenible ahora que el 5.º de Mortier, saliendo de Andalucía, podría envolverla y hasta cortar la retirada á las tropas españolas que se empeñaran en sostenerla. Había, pues, que elegir nuevas posiciones en que no se corriese tal peligro y desde las que, espiando los movimientos del enemigo por sus dos avenidas del Guadalquivir y el Tajo que se le dejaban despejadas, se pudiera, no sólo proteger las comarcas extremeñas, cuya dominación se conservaba, sino impedir en cuanto fuera posible la invasión del vecino reino entendiéndose con el ejército inglés que parecía no estar llamado á otra misión que la de defenderlo. La línea, pues, anteriormente señalada de Ciudad Rodrigo á Olivenza, con sus jalones, puede decirse, en Albuquerque, sostenido por la 2.ª división que mandaba el mariscal de

(1) Con tanto calor se tomó en Extremadura el imitar el sistema de guerra de las demás provincias invadidas, que, como en ellas, tomó también su parte y muy importante el clero. El día 5 de marzo cuatro religiosos del convento de San Agustín de Jerez de los Caballeros presentaron al marqués de la Romana 21 franceses, hechos prisioneros por una partida nuestra de caballería en Fuente de Cantos, recibiendo, como es de suponer, del General y de la Junta de Badajoz todo género de muestras de gratitud por su patriotismo y de consideración por sus servicios.

campo D. Carlos O'Donnell, Campo Mayor y Badajoz por la 1.^a del de igual graduación D. Francisco Xavier Losada, y Olivenza y la frontera hacia Huelva que mantendría Ballesteros, y al apoyo, toda ella, de la división inglesa de Hill, establecida en Elvas, contribuiría á paralizar la acción de Mortier y Reynier en Extremadura, evitando á la vez que éstos prestasen ayuda alguna á Ney y Massena en sus proyectos contra Portugal.

.....

El ejército de la Izquierda tenía, pues, una misión muy importante que desempeñar, la de defender á Extremadura de la ocupación francesa amenzándola siempre, cubrir la frontera de Portugal que no tardaría mucho en ser invadida según los preparativos que se observaban, y sobre todo, las plazas de Badajoz y Ciudad Rodrigo, las dos puertas, que son, del vecino reino por aquella frontera. La mayor parte del 2.^o cuerpo de ejército francés, poco después de la intentona de Ney sobre Ciudad Rodrigo, abandonó el Tajo con el fin de trasladarse al Guadiana para, como dijimos antes, darse la mano con el 5.^o estableciendo su jefe, Reynier, el cuartel general en Mérida, no, empero, sin escalonar algunas fuerzas en Trujillo, donde fortificó un convento, y en Puente del Arzobispo para mantener la comunicación con el Tiétar y Toledo por medio de un cuerpo móvil.

Pero acosado Mortier por Ballesteros y las guerrillas que no cesaban de hostilizar á sus destacamentos, y en vilo Reynier entre dirigirse á Badajoz, inconquistable para él, ó volverse al Tajo y al Duero para servir de reserva al ejército de Massena, en vías de formación, las operaciones de uno y otro de aquellos generales adolecían de una flojedad, si impropia de franceses, justificada por las circunstancias y la situación de nuestro ejército en Extremadura. Si el destacamento de Trujillo se resolvía á una expedición á Cáceres con la probabilidad, que le deban sus noticias, de sorprender á la tropa española establecida en aquella capital, pronto tendría que retroceder, aun mandándola el hábil general Foy, rudamente escarmentada por la división O'Donnell, puesta, según tenemos dicho, en la fortaleza de Alburquerque.

1811

SITIO DE BADAJOZ

Era costumbre entre los franceses, costum'bre de que parece verdaderamente extraño no desistieran en España, comenzar los sitios

bombardeando. Así creían imponer á los habitantes de cuya actitud esperaban dependía la defensa de nuestras plazas. En esa confianza, una de las primeras baterías que montaron después de la salida á que acabamos de referirnos, era de morteros, y en las noches del 1.º y 2 de Febrero armaron otras dos de morteros y abuses. Si no rompieron el fuego hasta el 3 fué por haberlo impedido las torrenciales lluvias que caían en aquéllos y exigieron el desagüe preliminar de todas las obras ya construídas ó en construcción. Pudo también contribuir á eso otra salida de los sitiados, pero se hizo con fuerza tan exigua que no tardó en volver á la plaza. Es verdad que los sitiadores recibían en aquellos momentos el considerable refuerzo de la división Gazán, tan considerable que, al decir de Belmás, «reanimó al ejército inspirándole la esperanza de ver el sitio en vías de una ejecución vigorosa.» Ocasión, pues, más desfavorable para otra salida no podía presentarse; y la de la tarde de aquel mismo día 3, ejecutada por el camino de Valverde con los infantes y por el de Olivenza con los jinetes, si afortunada en su arranque, irresistible al parecer en todas ellas, encontró fuerzas de todas armas para obligarlas á retirarse, azotada por la artillería de todas las baterías ya montadas por los franceses.

El bombardeo no causó estragos en la ciudad aun dirigido, como iba, contra la catedral y los almacenes de pólvora, ni, por más que digan otra cosa los cronistas franceses, impuso á los habitantes que entonces, como antes y después, mostraron el patriotismo más elevado y una generosidad para con las tropas de la guarnición de que ofrece pocos ejemplos la historia. La plaza estaba poco abastecida, en la confianza de conservar libres las comunicaciones con la derecha del Guadiana; pero el vecindario *franqueaba*, esta es la expresión de Mendizábal, *cuantos auxilios pedía para la tropa*, al mismo tiempo que la ayudaba en sus trabajos sin arredrarse por los estragos que pudieran producir las bombas (1).

Las salidas de la plaza servían á los sitiadores de guía en sus trabajos, ya que no para la marcha técnica del ataque, sí para completar

(1) Con eso y con haber nuestra caballería de Elvas despejado de enemigos la vía de Portugal en el Caya, Menacho podía decir en su relación del día 4: «La subsistencia se encuentra en abundancia, y si los molinos no estuviesen aguados (por la inundación sin duda), habría pan de sobra, pues el vecindario todo lo ha franqueado.»

La comunicación con Elvas y Campo-Maior, permitió que el día 5 entrara en Badajoz un convoy con 10.000 raciones de galleta.

El número de las bombas arrojadas por los franceses las noches del 3 y el 4, fué de 114; 34 en la primera y 80 en la segunda. Y lo que sucede casi siempre en los bombardeos, más imponentes que peligrosos, las víctimas fueron sólo una ó dos.

el bloqueo cerrando las vías por donde intentarían los españoles romperlo en la izquierda del Guadiana. Así es que emprendieron inmediatamente después de la salida del 3 la construcción de dos baterías y un gran atrincheramiento para cerrar los caminos de Valverde y Olivenza. Demasiado comprendía Soult que, batida su caballería en la derecha del Guadiana y puestas en comunicación las divisiones españolas de Elvas con la plaza, se hacía necesario estorbar la salida de fuerzas considerables que pusieran en peligro las obras de sitio ya hechas y hasta la permanencia de su ejército al frente de la plaza. De modo que el día 6 había construídas ó en construcción, ya muy adelantada á pesar de las lluvias que no cesaban y del fuego de la plaza que nunca se interrumpía, hasta once baterías; una contra Pardaleras y la Picuriña, ya para el ataque directo del primero de estos fuertes, ya para batirlos de rebote sobre sus flancos, y otras para apoyar la paralela ó cubrir las trincheras de las salidas de los sitiados (1). A tal punto se llevó en esto último la precaución, que esas baterías que podríamos llamar de apoyo, fueron cerradas por sus golas, constituyéndolas en verdaderos reductos de seguridad, uno de los cuales se levantó en el camino de Talavera, *con el objeto*, decían los ingenieros franceses, *de apoyar la línea de contravalación que debía construirse por aquel lado.* ¿Se quiere mayor prueba de los eficacísimos resultados que debían esperarse de las salidas de la plaza en las circunstancias, sobre todo, en que se hallaba la de Badajoz?

Sí; aun puede darse otra, la de la salida del día 7, que hubiera resultado una importante victoria sin el lamentable descuido en que se cayó de no llevar en las primeras columnas de ataque artilleros destinados á inutilizar las piezas de los reductos enemigos.

Puestas ya las divisiones procedentes de Portugal á las puertas de Badajoz, se formaron dos columnas que deverían salir de las de la Trinidad y el rastrillo de San Vicente. La segunda de aquellas columnas, compuesta de una muy corta fuerza de infantería y la caballería portu-

(1) Los franceses, siempre aficionados á dar carácter de originalidad á sus cosas, señalaron en el sitio de Badajoz las baterías con los nombres de los institutos que tomaban parte en el sitio, siquier no tuvieran éstos conexión con las obras á que se les aplicaban. Así, por ejemplo, la batería primera levantada contra La Picuriña, se llamaba de *Granaderos*; la más avanzada sobre Pardaleras, de *Carabineros*, y seguían las de *Voltigeurs*, *Cazadores*, *Zapadores*, *Minadores*, *Granjeán*, *Húsares*, *Artilleros*, *Fúsileros*, *Dragones*, etc., etc.

Los ingenieros, Belmás por ejemplo, siempre las dieron á conocer por sus números, estableciendo así, puede decirse, su orden cronológico.

Lámase la señala en su magnífico plano con las letras muyúsculas del alfabeto.

guesa de Madden, debía amenazar la altura y trincheras del Viento: y la primera en que formaban sobre 5.000 infantes y la caballería española, se dirigió á asaltar los tres fuertes franceses más próximos y las alturas de San Miguel y el Almendro, cuyas obras, ya lo hemos dicho, servían de apoyo á aquéllos. Como encaminado el ataque del cerro del Viento á llamar la atención tan sólo del sitiador y obligarle á reunir fuerzas para rechazarlo, no ofreció grandes peripecias ni produjo resultados de importancia en una ni otra parte de los contendientes. La salida por la puerta de la Trinidad al apoyo de la Picuriña y San Roque, tuvo ya los caracteres casi de una acción campal; tan enérgicos é insistentes fueron los ataques de las cuatro columnas en que formó nuestra infantería, tan eficaz el ayuda de nuestros jinetes y tan nutrido y acertado el fuego con que los apoyó la artillería de la plaza desde los fuertes y baluartes de aquella parte de su recinto (1).

Las cuatro columnas marcharon en escalones sobre los puestos enemigos; la casa fuerte de Tinoco cayó inmediatamente en su poder y momentos después las baterías de San Miguel y el Almendro, conocidas entre los franceses por sus números 1, 2 y 9, eran asaltadas á la balloneta, sin disparar un tiro á pesar del horroroso fuego que de ellas se hacía (2). Pero ocupadas tan valientemente las baterías se hacía necesario inutilizar las piezas con que estaban armadas; y he ahí que no parecen los artilleros que debían clavarias y que á duras penas se logra romper el montaje de una de ellas cuando acuden los enemigos reforzados por numerosas tropas regidas por el general Girad. Cinco batallones atacan á los nuestros de frente mientras otros, mandados por los coroneles Veiland y Chassereaux, y una batería á caballo los oprimen de flanco, maniobra que les valió recuperar los fuertes. No desmayaron por eso los nuestros, sino que, rechazados y todo volvieron á la carga con el mismo brío de antes y sin perder la esperanza de vencer de nuevo. Pero la situación había cambiado completamente, y como no habían sido inutilizadas las piezas de las baterías,

(1) Belmás dice que mandaba estas fuerzas el general La Carrera. No, las mandó D. Carlos España, brigadier entonces.

(2) Belmás dice: «Les Espagnols, qui déjà s'étaient formés en quatre colonnes par échelons en avant de la lunette de Picurina, attaquèrent les redoutes núms. 1, 2 et 9 avec une vivacité telle que les troupes qui les défendaient furent contraintes de les abandonner. Le capitaine d'artillerie Cazeau, le capitaine Lemut du quarantième, et le lieutenant de sapeurs Bruchon, y furent tués.»

Por su lado escribía Mendizábal: «El brigadier España á la cabeza de su división y otros batallones, avanzó armas á discreción en dos columnas, sin disparar fusil, á la batería del cerro de San Miguel que está á tiro de cañón de la plaza; y tomó la trinchera por asalto, despreciando el fuego de cañón y fusil de la batería, y el que le hacian de bala rasa y de granada por los flancos.»

con ellas mismas arrojaron los franceses una lluvia terrible de sus proyectiles sobre los asaltantes (1).

Resultado: que la salida no produjo el importantísimo que de ella se esperaba, y sí el más triste daño de que no se obtuvo por falta de orden para el ataque, por no llevar á la mano, como dijimos, el material necesario para deshacer la artillería enemiga, y por la falta táctica de no apoyar el ataque con fuertes reservas que lo secundaran y en caso preciso, renovasen el combate en condiciones eficaces. Cerca de 10.000 hombres tenía ya Mendizábal en el cuerpo de ejército de socorro. Si hubiera echado en la balanza de aquel importantísimo combate el peso de 5 ó 6.000 hombres más, no hubiera sido difícil escarmentar á los franceses y hacerles levantar el sitio. Schépeler explica eso perfectamente, aun con su especial laconismo. «Los españoles, dice, formando de nuevo sin reserva, volvieron á tomar las baterías en un segundo ataque. En ese tiempo los franceses recibieron el refuerzo de dos batallones, muchos otros estaban en marcha y cuando se replegaron los españoles, el enemigo rompió otra vez un fuego mortífero con la artillería que halló intacta» (2).

Las pérdidas de un lado y otro fueron considerables. Los franceses dicen que las suyas consistieron en 54 muertos y 362 heridos. Menacho las hace elevarse á 600 entre unos y otros y 13 prisioneros. Las de los españoles, dice que no pueden compararse con las del enemigo. El historiador alemán asegura que fueron de 650, y de 400 las que tuvieron los franceses (3).

Aquella acción preocupó indudablemente á sitiadores y sitiados; comprendiendo aquéllos que alguna de tantas salidas podría poner en peligro su empresa si se hacía con toda la fuerza posible ó mayor ha-

(1) Los historiadores franceses suponen que las columnas españolas llevaban reserva, á cuyo favor debieron poder verificar aquella reacción. No es cierto, fué la costancia militar de nuestros compatriotas, la confianza en que iban y las exhortaciones de sus jefes y oficiales la causa de aquel nuevo empuje; que, de haber llevado reservas, no habrían quizás perdido su conquista.

(2) El general Lamare, comandante de Ingenieros allí y de cuya relación del sitio han tomado las suyas los historiadores franceses, dice: «Mendizábal debió no dejar sino 6.000 combatientes en la plaza, mantener el campo con las demás tropas suyas en la izquierda del Guadiana, llamar á sí á Ballesteros, que mandaba 3 ó 4.000 hombres, ocupar los desfiladeros de la sierra y operar sobre nuestra retaguardia para interrumpir nuestra línea de operaciones con Sevilla. Esta maniobra era tanto más segura cuanto que la superioridad numérica de sus fuerzas y los recursos que podía esperar del patriotismo de los habitantes le ofrecían las garantías posibles de éxito. En esa hipótesis, el duque de Dalmacia se hubiera visto obligado á dividir su pequeño ejército y á enviar un fuerte destacamento para contenerlo (á Ballesteros), y quizás, no sólo á moderar el sitio de Badajoz, sino hasta á renunciar del todo á la empresa.»

(3) Entre los nuestros fueron ligeramente heridos España y su segundo Benedicto, pero gravemente el coronel de Ingenieros Fuentepita que por fortuna curó luego.

bilidad, y los españoles la precisión de impedir el acceso del enemigo á su punto de ataque, ya que no lograban escarmentarlo por la gran distancia, sin duda, que debían recorrer en sus salidas, distancia que le daba tiempo para preparar la defensa de sus obras y posiciones. La escasez de municiones, por otro lado, del de los franceses, les obligaba á no esforzar el bombardeo para hacerlo tan frecuente y eficaz como deseaban y era necesario, así como á marchar lentamente en sus obras de aproximación y ataque á las del sitiado de que se habían propuesto ir haciéndose dueños, en tal situación, Soult pensó que mientras Badajoz pudiera contar con un ejército de socorro á sus puertas y la comunicación con Portugal y las plazas inmediatas, se haría imposible su conquista y se decidió á hacer un gran esfuerzo sobre la derecha del Guadiana á fin de arrebatarnos tan importantes ventajas. El día 9 tenían los franceses establecido el paso del río á unos 4.000 metros agua arriba de la plaza en un grupo de islas cuyos canales disminuían el caudal de agua, facilitando así su tránsito.

Cruzábase fácilmente el primer canal: para ganar la segunda isla había establecida una gran barca; y algunas lanchas ó botes, de los llevados de Sevilla, hacían también practicable el paso á la margen opuesta donde trataban de operar. Para mayor seguridad y para aumentar el transporte de tropas de todas armas, principalmente desde la segunda isla á lo que pudiéramos llamar tierra firme, se prepararon puentes de caballetes en reemplazos de las lanchas, y otra gran barca en el brazo mayor del río por si no bastase la anterior para la magna operación que se proyectaba.

Pero aun inacabados esos trabajos por sus obreros marinos, aquel día, el 9 anteriormente citado, lanzaron los franceses á la derecha del Guadiana unos 800 caballos que en su arrogancia creerían suficientes para ahorrarnos nuevas obras en mayores proporciones proyectadas y emprendidas. Esa masa de caballería cruzó en seguida el Gévora y amenazaba cortar las comunicaciones de Elvas y Campo-Maior cuando, comprendiendo Mendizábal el riesgo, hizo salir la caballería suya hispano-portuguesa y alguna de las divisiones de infantería, á cuya vista se retiraron los franceses á su campo de la izquierda del Guadiana en espera, sin duda, de ocasión mejor. Nuestra caballería, puesta en seguimiento de la francesa, debió llegar hasta el punto en que ésta había verificado el paso del Guadiana, retirándose luego, no sin que los pontoneros franceses la saludasen con el fuego de sus carabinas (1).

(1) Lamare no dice una palabra sobre esto: y Belmás. al recordar las obras que los franceses andaban ejecutando para el paso del Guadiana, sólo añade que los pontoneros hicieron una descarga á

Eso hizo comprender á los franceses la necesidad de trabajos más sólidos y amplios para el paso del Guadiana si el ejército habría de operar en la margen derecha; y mientras los ejecutaban, se dirigieron al ataque y ocupación del fuerte de Pardaleras. El día 11 tenían hechos todos sus preparativos, y á las cuatro de la tarde rompían el fuego sobre el fuerte con tal violencia que no fué posible á los de la plaza contrarrestarla, y tanto acierto que al poco tiempo quedaba inutilizada la artillería toda que en él se había montado. Preparado así el asalto, ya que no por la brecha, que no estaba practicable, ejecutáronlo los franceses con un golpe de mano que los defensores por una torpeza, por un descuido que sólo tiene su semejante en el de no llevar á mano cuatro días antes los medios de clavar la artillería de San Miguel y el Almendro, hicieron posible y del feliz resultado á que aspiraban los enemigos.

Estos organizaron, de noche ya, dos columnas de unos 800 hombres, infantes y zapadores, en la paralela; y, saliendo de ella á las nueve, tomaron la dirección de la capital del fuerte hasta la cresta del ángulo saliente del camino cubierto. Allí, y siempre en el mayor silencio y valiéndose de la profunda obscuridad que reinaba, se dividieron, partiendo una por la derecha y otra por la izquierda en busca de la gola del fuerte que sabían estaba tan sólo cerrada con una valla de madera (1). La columna de la derecha perdió el tino y, en vez de correrse alrededor del glacis, cayó en la plaza de armas entrante de la cortina, y hallándola desierta descendió al foso por la escalerilla de comunicación. Y ¡qué desgracia! mejor dicho ¡qué abandono! ¡qué fatalidad!: la poterna que daba acceso al interior del fuerte junto al ángulo flanqueado se encontraba entreabierta, sin centinela ni vigilante alguno (2). El capitán de zapadores que dirigía la columna penetró por aquella puerta que ya bajaba á cerrar un oficial de la guarnición á quien hirió; y, seguido de su fuerza, logró subir al parapeto de donde

los españoles que se presentaron para reconocerlas. Pero Mendizábal en sus partes y el Diario de Menacho, muy particularmente, mencionan aquellas maniobras que si no se tradujo en un hecho de armas, fué por haberlo rehuido los franceses retirándose á sus anteriores posiciones. Tan urgente era para los españoles la operación cuanto importante, puesto que aquella misma tarde recibió así la plaza un gran convoy de viveres salido de Campo-Maior, y la suma nada menos que de dos millones de reales que se hallaban detenido en Elvas.

(1) «Laquelle, dice Lamare, par une imprévoyance extrême, n'était fermée que par un simple rang de palissades.»

(2) Sechépeler dice que había en el foso un oficial que sorprendido y amedrantado denunció la poterna.

Las autoridades de la plaza nada comunicaron sobre eso.

á los pocos momentos daba en señal de triunfo y como aviso á sus camaradas de fuera el grito de ¡Vive l'empereur!

La columna izquierda siguió el rumbo que se le había señalado y, llegando á la gola del fuerte, la hizo destruir con las hachas que llevaban los zapadores, quienes no tuvieron que esforzarse mucho, pues la guarnición se había ya salido, abandonándoles así Pardaleras para refugiarse en la plaza.

Grave pérdida era la de aquel cuerpo avanzado de la plaza; y, sin embargo, el General Menacho decía en su diario lo siguiente: «Los enemigos en la toma de Pardaleras encontraron su ruina, pues al ser de día los cinco cañones que se montaron en la cortina del Pilar, rompieron un fuego terrible que desbarató la mayor parte del fuerte, é introdujo la muerte en los enemigos, en término que no se atrevió á presentarse por aquella parte, y con dicho motivo arrojaron á la plaza 34 bombas y muchos tiros de cañón y obús.»

Es verdad; y los cronistas franceses confirman la aseveración del gobernador de Badajoz manifestando que ni el día 12 ni en varios de los siguientes lograron formar un establecimiento medianamente sólido en Pardaleras, que quedó reducido á un montón de escombros. Eso que el entonces comandante Lamare se ocupó toda la noche en prepararlo con materiales aprovechados del mismo fuerte y con las fajinas que también habían llevado los asaltantes (1). Sería tarea interminable la de ir describiendo los trabajos que día por día iban ejecutando los franceses para crear en Pardaleras un puesto de donde partir al ataque de los baluartes de Santiago y San Juan en aquel frente de la plaza. Si fuéramos á comunicar á nuestros lectores los datos, ya que no de otros, los de Lamare en su extenso trabajo histórico de los intentos por mucho tiempo infructuosos que él mismo quiso llevar á la práctica en aquella ocasión que tanta honra le proporcionó entre sus compatriotas, no haríamos sino alargar inconsideradamente el nuestro sin el fruto á que debe aspirarse en los de su naturaleza. Baste decir que todos esos intentos del célebre ingeniero francés fracasaron ante la energía de los sitiados y la habilidad de los artilleros que servían el número considerable de piezas que Menacho hizo emplazar en los baluartes y las cortinas de aquel frente después del día 23, en que ya no cupo duda de lo inútil y peligroso de tal proyecto, los trabajos de aquel ataque central, tomaron otro rumbo prescindiendo de Pardale-

(1) Dice Belmás: «En menos de dos días, el fuerte de Pardaleras, constantemente batido por la plaza, no presentó más que un montón de escombros.»

ras para á su abrigo, eso sí, construir, como luego veremos, por sus flancos los ramales de trinchera y las baterías que condujesen al ataque del cuerpo de la plaza.

No contribuyó poco tan enérgica y feliz defensa á que el mariscal Soult persistiera en el pensamiento de privar á la guarnición de Badajoz del eficaz apoyo que la prestaba el ejército español desde las alturas de San Cristóbal, apoyo material tomando parte activa en la defensa de la plaza y en sus salidas, moral sobre todo, por lo que de él podía esperarse y por las comunicaciones que mantenía expeditas con la derecha del Guadiana.

El mariscal Soult iba á emprender una operación de las más temerarias que registra la historia de la guerra. Cabe el acometerla y con éxito probable cuando se cuenta con un ejército que pueda atender á todas las contingencias que de ella se deriven, cuando por lo menos las localidades, queremos decir, los accidentes del terreno en que se opere no sirvan de obstáculo á la unión inmediata de todas las partes de la fuerza y á las combinaciones rápidas necesariamente para que no se intorrumpa la acción uniforme y homogénea á que se destinan. Pero cuando, como en el caso á que vamos á referirnos, no puede mantenerse esa unión y, al menos por un espacio de tiempo considerable, han de sufrir esas combinaciones entorpecimientos muy difíciles de evitar ó corregir, es una verdadera temeridad el arrostrar los peligros que entraña una acción en tales condiciones emprendida. Y, sin embargo el duque de Dalmacia los arrostró y con resultados que sólo pueden prometerse ante torpezas como las que en tan solemne ocasión cometieron el bravo general Mendizábal y el por tantos otros conceptos ilustre gobernador en aquellos días de la plaza de Badajoz. Se comprende perfectamente el reconocimiento ó, si se quiere, el golpe de mano intentado el día 9 por la caballería francesa en la derecha del Guadiana. Nada perdía la causa del sitiador con su fracaso y ganaba el distraer la atención de las tropas españolas de su principal objeto, el de la defensa de la plaza, hacia su comunicaciones y la seguridad de su campo de San Cristóbal, donde, fuertemente establecido, nada tenía que temer en ninguna de estas imprescindibles atenciones.

Porque sabemos perfectamente que mejor que en aquella posición, aun excelente como es, se defendía á Badajoz maniobrando sobre los flancos y retaguardia de los sitiadores, interceptando sus comunicaciones con Sevilla y amenazándoles noche y día con caer sobre ellos al tiempo de cualquiera salida de los de la plaza. Mas hay que contar con tropas muy maniobreras y con un general tan hábil como empren-

dedor. Por eso, sin duda y como antes hemos dicho, aconsejaría Wellington el establecimiento del campo de San Cristóbal ó de Santa Engracia, como también le llamaban muchos por una ermita próxima dedicada al culto de la egregia virgen y que debía quedar dentro del perímetro de las fortificaciones con que se reforzara aquella culminante posición. El general británico no pensaría en las maniobras que acabamos de aludir, bien por no entrar en su sistema de guerra eminentemente defensivo, bien por, como aseguraba él en todas sus correspondencias y recuerdan sus admiradores, no inspirarle confianza las tropas españolas (1). Pero sea de eso lo que quiera, no cabe duda de que Mendizábal debió fortificar la posición cuya derecha mirando á España, quedaba asegurada con el fuerte de San Cristóbal, cuyos centro é izquierda lo serían haciendo algunas obras, siquier de campaña, en derredor de Santa Engracia y estableciéndose sólidamente en el cerro de la Atalaya, puestos apoyados aunque de lejos por Elvas y Campo-Maior, y cuyo frente, en fin, pudo prepararse holgadamente para oponer una enérgica y feliz resistencia al paso de Gévora por los enemigos que la acometiesen.

Los franceses no cesaron en su trabajo de hacer practicable el paso del Guadiana para un cuerpo considerable de tropas hasta el día 18 de Febrero, en cuya noche empezaron á llevar artillería y varios regimientos á la orilla derecha. Mortier, á quien Soult confió la dirección de aquellas operaciones, tenía así en la mañana del 19 fuera ya de la cabeza del puente acabada de construir, 9 batallones de infantería, 13 escuadrones, 12 piezas de artillería con varias compañías de esta arma, una de ingenieros y otra de obreros de la marina.

La infantería formó una gran columna en dirección al puente del Gévora, llevando á su flanco izquierdo á los zapadores y algo detrás de éstos la artillería. La caballería, parte de la que se hallaba establecida de días antes en Montijo, acudió á la cita, y se formó sobre la de-

(1) Escribía á Lord Liverpool el 2 de Febrero de aquel año: «Los varios sucesos de la guerra os habrán hecho ver que no puede echarse ningún cálculo sobre las operaciones en que hayan de tomar parte las tropas españolas.»

Eso de que falte la injuria en los labios ó la pluma de Wellington al tratarse de los españoles, es una quimera: siempre receloso de que el mundo y la historia pudieran atribuirles el grandioso éxito de la guerra. Hay, sin embargo, que concederle en este caso la generosidad de atribuir á Romana el proyecto de que se fortificara la posición de San Cristóbal. En su despacho de 9 de Febrero á Liverpool dice: «El general Mendizábal no ha adoptado el plan que le trazó La Romana antes de morir y que aseguraba la comunicación con Elvas antes de que las tropas fueran lanzadas sobre la izquierda del Guadiana.»

Esta es una de tantas pruebas como dió Wellington de la predilección que siempre le mereció el marqués de la Romana.

recha de la columna, extendiéndose, además, por el terreno inmediato, mientras otra parte, la de reserva, que cruzó el Guadiana por un vado, se dirigió rápidamente aun más á la derecha á interceptar el camino de Badajoz á Campo-Maior.

Estos movimientos no fueron vistos por los españoles á causa de una niebla espesísima que los encubrió hasta más de las ocho de la mañana en que el sol logró romperla. De modo que el 2.º de húsares franceses, que iba descubriendo, pudo caer sobre las avanzadas españolas establecidas en la derecha del Gévora, mientras la infantería de vanguardia lo hacía sobre las inmediatas al puente. Con haber sido este roto días antes, aguardaba sin duda Mendizábal que los enemigos no intentarían el golpe de mano de que en tal momento era objeto el ejército de su mando. Como el Guadiana, cuyas aguas habían decrecido á punto de hacerse su caudal el ordinario, había el Gévora reducido al exiguo que permitía su tránsito por varios puntos. Así, en tanto que la caballería francesa podía por lo rápido de sus movimientos, remontar el río hasta flanquear la posición española en su ala izquierda, la infantería aprovechaba un vado que existía agua abajo del puente para ganar la altura de San Cristóbal é interponerse entre este fuerte y el resto de nuestra posición. Porque los franceses habían observado que, al cañonear el 13 con piezas de grande alcance aquellas alturas, nuestros compatriotas eludieron el fuego dejando un claro considerable hacia Santa Engracia; claro al que, mantenido el 19 por aquel mismo violento fuego de su artillería, se dirigirían inmediatamente que hubieran franqueado la corriente del Gévora (1).

Y con efecto, para cuando, vueltas de su sorpresa las tropas españolas, trataban apresuradamente de formar en lo alto de su posición, los franceses, por entre los que iban de Soult y Mortier dirigiéndolos, animándolos con el recuerdo de sus triunfos y con la solemnidad de la ocasión en que se hallaban, habían salvado el Gévora y disponíanse á asaltarla (2). Eran, repetimos, las ocho de la mañana cuan-

(1) En el parte de Soult se dice: «El general Bourgeat, comandante de la artillería, recibió el día 18 orden de romper contra el campo enemigo el fuego de bombas y de granadas del diámetro de 8 pulgadas, disparándolas por encima de la ciudad y del fuerte de San Cristóbal, á fin de obligar á las tropas que se hallaban en aquel campo á alejarse de allí, y á situarse fuera del alcance de los fuegos del fuerte. Esta operación salió perfectamente, pues los españoles recogieron al mediodía sus tiendas y las colocaron á 1.200 toesas más adelante, estableciendo un nuevo campamento.»

(2) Escribe Lamare: «El general en jefe, queriendo animar todo con su presencia, recorría las filas de las diferentes armas, recordaba á los oficiales y á los soldados su antiguo valor y los éxitos que los habían llevado hasta las extremidades de la Península, los vastos y hermosos países que habían atravesado, el número de ciudades y de provincias que habían dejado á sus espaldas después de sometidas á su poder; y añadía, que otra victoria iba á asegurarles la conquista del principal baluarte de Extremadura, así como que el menor revés les obligaría á volver á Andalucía.»

do se disipó la niebla que dejó ver á los españoles el peligro de su situación y pudieron romper el fuego sobre las tres columnas enemigas que les acometían, fuego que, poco certero por el apresuramiento con que se había organizado y la extrema rapidez con que aquéllas se movían, no las impidió el acceso de la montaña. Una de esas columnas, la de la izquierda, puesta á las órdenes del general Girard, valiéndose de todos los accidentes del terreno que va recorriendo para evitar la acción del castillo de San Cristóbal, trepa al desdichado claro de que venimos hace rato tratando, y una vez en él, despliega perpendicularmente y rompe el fuego sobre el flanco derecho de la línea española. Las otras dos columnas francesas, regidas por Mortier y el general Philippon, jefe de la brigada que las componía, y una batería ligera, se dirigen al centro español al tiempo mismo en que doce escuadrones de los de Latour-Maubourg, que ya hemos dicho avanzaban por la derecha, se lanzan á galope sobre nuestra extrema izquierda para, como la columna de Girard, flanquear la línea española, si no envolverla, para así destruirla de una vez y completamente.

Por mucha que fuera la prisa que se dieron los españoles para formar su línea de batalla, no lograron establecerse en ella con la solidez que exigía el ataque impetuoso y sobre todo, imprevisto, de sus enemigos los franceses. La confianza que inspiraba á Mendizábal su posición, confianza que le había hecho descuidar el fortificarse debidamente, cual se lo habían aconsejado y prevenido Lord Wellington y Romana, le hizo también descuidar la vigilancia necesaria ante un ejército tan emprendedor como el regido por Soult; y á las deficiencias defensivas de su posición y á las orgánicas y de instrucción de las tropas que mandaba, bisoñas muchas, añadió la indisculpable de no tenerlas apercebidas y convenientemente situadas aquel día.

Así es que, al coronar los franceses la meseta cuyos extremos ocupan el castillo de San Cristóbal, de que se apartó para evitar el fuego de las baterías de sitio del enemigo, y el cerro de la Atalaya, y en cuya parte central sólo había comenzadas las imperfectas obras de la ermita de Santa Engracia, y al verse nuestras tropas flanqueadas si no, como antes hemos dicho, envueltas, no hallaron otro camino de salvación que el de formar dos grandes cuadros que Mendizábal creía tan afortunados como los de Alba de Tormes. Pero las condiciones eran muy distintas; y por mucho valor que demostraron nuestros infantes, las armas de que se vieron asaltados eran otras más eficaces. La caballería hispano-portuguesa no supo resistir las cargas de la imperial mucho más numerosa, es verdad, y superiormente regida, con lo que

se entregó inmediatamente á una fuga indisculpable (1). Y sin apoyo los cuadros y azotados por la potente artillera enemiga que ganó la altura á la vez que los demás cuerpos franceses, tal fué la diligencia de sus oficiales, pronto fueron rotos y dispersados cuantos buscaron en ellos su defensa y salvación. No faltaron cuerpos que se distinguieran en tan apurado trance. El regimiento del Rey que ya el 17 se había señalado por la impetuosidad de su ataque á las baterías enemigas, supo antes que rendirse perecer casi todo en Santa Engracia. El de Toledo, en el cuadro que mandaba el general Virues, resiste valientemente las cargas de los dragones franceses hasta que, destrozado y sin sus jefes y la mayor parte de los oficiales, se retira con muy corto número de soldados á la plaza portuguesa de Estremoz. Cataluña, que tan feliz como enérgicamente asaltó las trincheras del Almendro el 7, tiene el 19 la misma triste suerte que Toledo; y apenas si su coronel Vives logra salvar un centenar de sus gentes. Victoria, semejante, al decir de un cronista, á un león acosado por los cazadores, ve el cuadro en que forma mutiado por la artillería francesa, y cuando por la voladura de uno de sus carros de municiones se encuentra indefenso, se abre paso con su coronel á la cabeza, herido y todo, por entre los enemigos y retira sus gloriosas reliquias, los hombres que le quedan y las banderas. Todos, sin embargo, todos ceden á los efectos de la sorpresa y á la celeridad y energía de los franceses, peones y jinetes, en aquella fatal jornada; y los que logran mantener algo más el campo lo deben al valor y el prestigio de sus generales, Virues, O'Donnell y La Carrera, que hacen lo humanamente posible para neutralizar el yerro cometido por Mendizabal, peleando entre sus soldados y retirándose con ellos, á Elvas, Campo-Maior ó Badajoz, según les fué dable (2). Pero

(1) Si no constara por otros conductos, nos lo hubieran hecho saber los despachos de Wellington, en uno de los cuales, el de 23 de aquel mismo mes á Lord Liverpool, le dice: «Siento mucho tener que añadir que la brigada de caballería portuguesa no se ha conducido mejor que las demás tropas. El brigadier general Madden, hizo cuanto pudo por animarlos á cargar, pero inútilmente.»

Eso sí; el inglés tenía que salir airoso. ¿Por qué no hizo Madden lo que de Gabriel?

Lamare añade: «La caballería portuguesa, mandada por el general inglés *Masden* y en la cual servían varios oficiales de esta nación, se sobrecogió también de terror (fut également frappée de terreur); abandonó á la infantería y huyó á toda rienda hasta Elvas en busca de un refugio.»

Soriano da Luz, por su lado, aun cuando confiesa que huyeron los portugueses, lo atribuye á que, viéndose abandonados por la caballería española, hubo de seguir su ejemplo, «dando as costas ao inimigo, para evitar ser feita em postas.»

D. Fernando Butrón, jefe de nuestra caballería, pidió á las Cortes la formación de un consejo de guerra que juzgase su conducta.

(2) El mismo Lamare dice: «Los españoles, viéndose envueltos y oprimidos de todas partes, admirados de nuestras maniobras, se apresuran, con la confusión de todo ejército mal ejercitado, á for-

hubo un regimiento que mereció por su conducta de aquel día un premio especial, tan gallarda apareció á los ojos de sus camaradas y á la consideración del gobierno español. El regimiento de La Unión, conocido desde un año antes por el *León de San Payo*, y mandado por D. Pablo Morillo, el feliz negociador de la reconquista de Vigo, disputó por largo tiempo á Girar el cerro de San Cristóbal, y al retirarse ó huir, como se quiera, el ejército puesto en dispersión, lo hizo formado también en cuadro y rechazando tres veces á la caballería francesa que parecía haber hecho empeño de romperlo y destrozarlo. Tan gallarda, repetimos, fué su conducta que llegó casi entero á Elvas, donde recibió los aplausos unánimes de todos los jefes y tropa del ejército, alcanzándole luego un decreto de la Regencia, en que se le concedía por recompensa un escudo de honor con el lema de «Premio á La Unión».

Menos afortunado que Morillo, ascendido luego á brigadier, fué el también heróico de ingenieros D. José de Gabriel que, avergonzado de tal derrota como sufría el ejército y creyendo reparar, ya que no otra cosa, su honor con sacrificarse él personalmente, hizo frente á la caballería enemiga dirigiéndose con sólo otros tres jinetes al príncipe de Aremberg que la mandaba, con el ánimo de atravesarle el pecho de una estocada. ¡Tan estéril como temerario intento! Saliéronle al encuentro los ayudantes de d'Aremberg y cuantos iban junto á él, y el capitán Landrieu, se dice, acabó con el heróico de Gabriel cuando, abrumado por sus enemigos y cubierto de heridas, no podía ya defenderse (1).

mar dos grandes cuadros, cruzan las bayonetas y sostienen el choque defendiéndose valientemente.»

Es necesario que venga un extranjero y tan autorizado é ilustre, testigo presencial en aquella función de guerra, para vindicar la honra de aquellas tropas tan mancillada por nuestros mismos compatriotas.

(1) Don Fernando de Gabril y Apodaca, oficial distinguido de nuestro cuerpo de Artillería, escritor elegante y poeta, publicó en 1863 una noticia biográfica del heróico brigadier D. José, su tío, en que contaba así su hazaña: «Rotos y deshechos los españoles en aquel aciago día, abandonada nuestra infantería por las tropas de las demás armas que se retiraban en desorden sobre Elvas, y viendo de Gabriel que todo estaba perdido, y que nada le era dado ya remediar como jefe, lleno de generoso despecho, y resistiéndose á su noble valer el huir del campo de batalla, dirigióse resueltamente hacia las filas francesas, seguido sólo de tres soldados, cuyos nombres no conserva desgraciadamente la historia. Cual otro Pedro González de Mendoza en la funesta jornada de Aljubarrota, ya que no podía dar el caballo á su Rey, salvándole la vida á costa de la suya propia, *entróse á morir lidiando*, según la sublime expresión del romance popular, y ansioso de ser útil á los suyos al sacrificarse así á ciencia cierta en las aras de su patria, arrojóse sobre el duque de d'Aremberg, que á la cabeza del regimiento de caballería que mandaba, se disponía á cargar un corto resto de infantería española, que aún se conservaba firme. Atravesó con ardimiento las filas enemigas, penetró hasta d'Aremberg, y tirándole una furiosa cuchillada, hubo de errar el golpe, consiguiendo únicamente herirle el caballo. En el instante mismo cayó sin vida atravesado por los oficiales que rodeaban al duque, espirando en sus labios la palabra *fuego, fuego*, con que lleno de valor indomable animaba á completar su hazaña á los soldados que le seguían.»

El nombre del brigadier fué inscripto después con letars de oro en la academia de ingenieros de Guadalajara.

Nuestras pérdidas, enormes. Fueron los muertos ó heridos sobre 800 hombres, los prisioneros hasta 3.000, el general Virues entre ellos, y la artillería toda, los bagajes del ejército, un gran número de fusiles y cuanto material de campamento había quedaron en poder del vencedor á quien sólo costó su triunfo unas 400 bajas (1). La más importante, con todo eso, fué la moral, porque perdiéronse las esperanzas que los sitiados en Badajoz pudieran abrigar de socorro inmediato y del ayuda que tal ejército les prestara para seguir en su excelente sistema de salidas, iniciado desde los primeros días por el general Menacho su gobernador. La única falta que cabía achacarle hasta entonces era, precisamente, la de no haber aprovechado la ocasión de hallarse tan gran parte del ejército sitiador ocupado en desalojar al nuestro de su campo de San Cristóbal para salir de la plaza sobre las trincheras francesas y, si no podía ocuparlas, distraer á Soult de una empresa que, no haciéndolo, logró tan felizmente llevar á ejecución (2).

Pero contra el que entonces se desató la opinión pública, en España, fué el general Mendizábal á quien, ya que no se podía acusar de poco esforzado, se acusó en todas partes de poco celoso y de inhábil. Alzóse, en Cádiz particularmente, un clamoreo tal que hubo de repercutir en las Cortes, donde, aunque en sesiones en su mayor número secretas, se leyeron y comentaron los partes de Mendizábal, devolviéndolos después á la Regencia para la resolución que más pudiera convenir. A lo que principalmente dieron lugar aquellos documentos y las noticias que llegaban de Extremadura sobre tan triste suceso, fué á que se presentaran á las Cortes varias proposiciones sobre el modo mejor de neutralizar los efectos de tal desastre y de los demás que afligían á la nación con las desgracias de nuestro ejércitos, proposiciones y proyectos que se discutieron detenidamente y de cuyos re-

(1) Hay mucha discordancia en esto de las bajas. Toreno dice que los prisioneros fueron 3.000 Tampoco señala más Schépeler, y añade que al llegar á Valladolid ya no eran más que 1.8000 y 1000 menos en Torquemada.

En cuanto al número de los combatientes españoles, sucede con un historiador portugués, que manifestado que según Londonderry eran 9.000, según Sherer 10.000, según Belmás y Thier 12.000 y según Toreno 8.000, él los hace subir á 15.000, porque sí: sin otra razón. Schépeler acude con su rebaja, reduciendo, al menos los infantes, á 7.500.

Hay que calcular para todo eso que nuestros regimientos se hallaban muy mermados de fuerza, si no en cuadro: que la división Ballesteros andaba por Huelva y que la guarnición de Badajoz habia recibido en aquellos días aumento considerable.

(2) Los franceses esperaban la salida de los de la plaza, y además de mantener en las trincheras la fuerza ordinaria para rechazarla, establecieron en su apoyo sobre doce batallones y un regimiento de caballería que estuvieron todo el día sobre las armas; porque, como decía después uno de sus cronistas, *la situación suya era muy crítica, pudiendo el enemigo atacarlos con fuerzas considerables en todos los puntos de tan extensa circunferencia como la que ocupaban.*

sultados daremos cuenta cuando, al rendirse Badajoz, hayamos de exponer las causas y consecuencias de tan funesto acontecimiento. Al referirse á él, algunos diputados propusieron una escrupulosa indagación acerca de la acción del 19, así como sobre el motivo que pudiera haber inducido á Mendizábal á encerrar en Olivenza la considerable división que resultó después prisionera; cargos todos, como se ve, dirigidos á aquel general. Lo mismo en esa sesión, la del 23 de marzo, que en las del 16 de febrero y 11 del mes anterior, se descubre, aun sin nombrarle, la desconfianza que inspiraba su mando de aquel ejército. Ya se pedía que el general que lo desempeñase respondiera de las tropas y de Badajoz con su cabeza, proposición que se consideró estar expresa en la ordenanza, ya se discutían las responsabilidades que eran de exigirse á los generales y la libertad en que debía estar la Regencia *de dar el mando á los ejércitos, divisiones, regimientos etc., á cualquier individuo por inferior que fuese su grado*. Bien transparente aparece la alusión en tales momentos, si á Peña, al pronto, como luego veremos, por lo de Chiclana, á Mendizábal sobre todo por los desastres del Gévora y Badajoz.

Con el resultado de la batalla acabada de reñir, la plaza de Badajoz quedaba completamente bloqueada, sin comunicación alguna con el exterior y con poquísimas esperanzas de socorro, con las remotas sólo del que pudiera enviarle Wellington, á las manos con Massena en las inmediaciones todavía de Lisboa. Pero no, por eso, desmayó Menacho creyendo que aun le restaban medios con que mantener la plaza largo tiempo, decidido, como estaba, á agotar cuantos pudieran proporcionarle el arte de la guerra en tales casos, el patriotismo no gastado de los habitantes y la resolución firme de sepultarse en las ruinas de Badajoz antes de entregarlas al enemigo. Y con el ardor de quien tales propósitos abriga dispuso reforzar en lo posible las obras, todavía intactas, del recinto de la plaza, construir nuevas en que, aun ocupadas aquéllas, detener á los asaltantes y estorbarles la entrada en la ciudad, cortar las calles con fosos é interceptarlas con parapetos, poner, en fin, á Badajoz en el estado mismo en que Zaragoza y Girona, los dos ejemplos en que pretendía inspirarse para alcanzar igual y también perdurable fama (1).

(1) Hay quien cree que debió principalmente adelantar las obras por el espacio todavía no ocupado del enemigo á la derecha de Pardaleras, achacando esa falta al ingeniero de la plaza. Ese procedimiento se ha acreditado después, en la campaña, sobre todo, de Crimea; pero tratándose de Badajoz, hay que tener en cuenta que es en la defensa, llamémosle pasiva, de las plazas en las que los españoles de aquel tiempo demostraron sus excelencias guerreras.

Los franceses prosiguieron sus trabajos la noche del 20 al 21, reparando en su ataque de la izquierda los que la plaza había arruinado con el incesante fuego de su artillería, en el del centro la paralela que ligaba los dos y consolidando con fajinas y cestones el parapeto de la gola de Pardaleras y el través de la poterna que los sitiados batían con la mayor furia. Por supuesto, que á la vez cuidaron de fortificarse en las posiciones del monte de San Cristóbal, acabando el reducto de Santa Engracia y estableciendo sólidamente la comunicación de las dos orillas del Guadiana con un puente de caballetes en este río y con la recomposición de el del Gévora. Tampoco descuidaron esa misma comunicación agua abajo de Badajoz echando una gran barca y asegurándola en la margen derecha con una doble cabeza de puente, por existir allí una isleta que, á su vez, servía de gran reparo para el paso. Estos trabajos, que podríamos considerar como de bloqueo para apretar y apretar el total de la plaza, no estorbaban la labor principal y más interesante del ataque al frente tomado por objetivo del asalto. Construían los franceses, además del atrincheramiento de Pardaleras, cuya gola iba tomando la forma de un hornabeque para su mejor defensa en caso de una salida de los sitiados con que recuperar el fuerte, tres baterías destinadas en primer término á combatir la artillería de los baluartes de la plaza y, en segundo á proteger sus trabajos de aproche que ya se veían arrancar de la paralela cada día más extensa y ramificada. Sea, con todo, que exigiesen labor detenida y constante y más todavía muchas precauciones para evitar los estragos que pudieran hacer en tales obras el fuego de la plaza, lo cierto es que en aquellos días y algunos siguientes, el de las baterías francesas se resintió bastante de lentitud é interrupciones. Hasta el 26 no se reanudó la acción enérgica de los sitiadores en sus ataques. Aquel día sus tiradores avanzaron hasta la cresta de camino cubierto; y desde allí dirigieron un fuego de fusil sumamente violento á las cañoneras de los tres valuartes de aquel frente, con el propósito bien manifiesto de inutilizar á los artilleros que servían las piezas. Contestaron los nuestros con igual energía y no se pasó mucho tiempo sin que tuvieran los suyos que retirarse, abrigándose en los pozos de lobo que siempre construían al frente de sus obras ó en la paralela misma de donde habían salido. Los franceses se vengaron en seguida rompiendo el fuego de siete baterías que, ya que no muchas bajas, produjeron en la plaza destrozos de consideración y el incendio del laboratorio de mixtos situado á espaldas de Santiago, no abundante, por fortuna, de ellos en tan crítica circunstancia.

El suceso, á pesar de eso, era lamentable y peor aún, fué causa de un desorden que, sin la presencia de Menacho, uno de cuyos ayudantes murió allí, hubiera podido tener muy funestas consecuencias. Porque á la vez que los generales García é Imaz se ocupaban con algunos artilleros ó zapadores y 100 hombres de Mallorca en apagar el incendio del laboratorio, labor en que el coronel de ingenieros D. Antonio Fernández empleó todos sus talentos y los más grandes esfuerzos, los franceses, ó apercibidos de ello ó comprendiendo que algo extraordinario pasaba en la plaza, redoblaron su fuego á punto de disparar en doce horas más de 1.500 proyectiles, granadas, bombas y balas de cañón de los mayores calibres. Debió ser grande la rabia de los sitiadores al ver cómo la plaza, al contestar á su fuego, les desmontó las piezas de la batería levantada á la izquierda de Pardaleras frente á la cortina del Pilar sin que ellos consiguieran apagar el que se les hacía desde todas nuestras obras. Hasta debió caer en sus ánimos la esperanza de que se les rindiera la guarnición de Badajoz, considerándola abatida por el revés del 19 de San Cristóbal, puesto que el 27 apelaban al tan manoseado recurso de introducir en la plaza proclamas lisonjeando el valor de los soldados y pretendiendo hacerles ver que ya habían tocado los límites de una brillante defensa para persuadirles de que no se entregasen á la desesperación, guiados por el capricho ó ideas particulares de su gobernador (1). Aquel tan nutrido fuego y las proclamas no hicieron el efecto esperado por los enemigos, sino el de encender á la guarnición y á sus jefes en el patriótico de continuar la defensa hasta completar con la muerte el sacrificio que se habían impuesto (2).

(De *La Historia de la guerra de la Independencia*, por el general D. José Gómez de Arce y Moro.)

(1) Menacho al rechazar la primera intimación que le dirigió Soult en los comienzos del sitio, le había prevenido también que no le enviase parlamentario alguno, que no recibiría, ni despachos que estaba decidido á devolverle sin abrirlos siquiera. Así se hizo en la tarde del 19 al presentarse ante una puerta de la plaza un oficial que dijo ser del Estado Mayor de Soult con el papel que arrojó al suelo al retirarse y fué hecho menudos pedazos sin leerlo.

El 27 se presentaron a nuestras avanzadas del Tinoco algunos húsares franceses que, al ser recibidos á tiros, arrojaron también las proclamas á que acabamos de referirnos.

(2) Decía Menacho en su diario. «Estoy persuadido en vista de la defensa del día de hoy que, si la plaza es socorrida en breve (cual espero) no podrán los enemigos lograr su intento de apoderarse de ella.»

Y en el del siguiente 27, al dar parte de lo de las proclamas, añade: «Pero si la desgracia en otras partes le ha proporcionado estas ventajas, la plaza de Badajoz se defenderá militarmente, y en los mismos términos llenará sus deberes; con lo cual la patria reconocerá sus servicios, y los mismos enemigos sabrán apreciar el valor y virtudes militares.»

¡CUERVOS...! ¡CUERVOS...! (1)



RÁN... trán... trán-tén...

—¿Ha sido hombre?

—¿Han dado dog dóbleh?

—No, qu' han dado treg.

—¿Quién habrá sido?

—Como no sea 'el tío Juan Pedro...

—Si, ese debe sé... ¡Pobre de tía Simona!

—Èspërärsöh; allí biene la Nicanora, á be si sabe quien es el muerto... ¡Eh, Nicanora!... ¿Ande bag tan depriesa?... ¿Sábeh tú quien es el muerto?

—Sí: el tío Juan Pedro...

—Dicèn que no ha hecho testamento...

—P'og siend' así ¡buena le espera á tía Simona!

—Como que los hermanos del tío Juan Pedro se lo querían comer en bida...

—Ya 'stámoh; pog n' habiendo híjoh, tô 'l capitá güelb' al tronco...

Esta conversación la sostenían varias vecinas de mi calle, junto á la ventana de mi despacho de trabajo. Acababa de levantarme de dormir la inevitable siesta veraniega, y, mientras fumaba un cigarro esperando el descenso del sol, tras una persiana que mitigaba los disciplinazos del estío, llegaron á mis oídos las tristes voces de las campanas de la parroquia, que anunciaban una nueva baja entre los vecinos. El comentario que se hacía en la calle se apoderó por completo de mi atención, y hubiera seguido curioseando por más tiempo, si no se presenta mi mujer diciendo:

(1) Dsl libro en prensa «Guijos y Rebollos.» *Tierra extremeña.*

—Rafael: ha muerto el tío Juan Pedro y estamos obligados á cumplir...

Volví la cara con rapidez y contraí el rostro cual si una avispa rabiosa me hubiera clavado su aguijón en los centros nerviosos; durante unos segundos estuve contemplando á mi mujer, y, aunque mis labios no se movieron, mis ojos debieron contestarla, poco más ó menos de este modo:

—Pero, mujer, ¡cómo quieres que yo asista á... *esas cosas!*... ¿No sabes muy bien lo que me repugna presenciar esas luchas felinas de herederos ambiciosos, que, impacientes, surgen en seguida que llegan momentos como el presente?... ¿Te has olvidado del calor insoportable que está haciendo, de lo pequeñas que son las casas del pueblo, de los *olores molestos* que vuelan pesadamente en los duelos y que acusan á estos habitantes de no tener idea alguna de la higiene privada?...

Mi mujer comprendió perfectamente las interrogaciones de mis ojos, y con la destreza propia de su sexo, replicó rápidamente como lo hacen todas cuando quieren evitar que adquiera solidez el razonamiento del hombre:

—Ya sabes que tales molestias no pueden excusarse y no habiendo otro remedio, lo mejor es no tomarlas por adelantado... Y si yo no consiento que tú las sufras sólo, tampoco debes ser egoísta permitiendo que el peso de la cruz del matrimonio sea solo para mí... Además... quizás te alegres después... porque «el asunto» creo que sirve para tomar uno de esos apuntes de costumbres populares, que sueles publicar en la prensa, y en verdad, de esta clase no te he leído ninguno.

Lo último lo dijo con una sonrisa picaresca, que claramente demostraba su satisfacción por haber tenido la habilidad de dar un buen martillazo en el clavo de «mi monomanía»... ¡Ah!, las mujeres son maestras incomparables en el manejo del arma del imperativo, que saben esconder con sin igual destreza en la eterna y vistosa píldora dorada... En fin, por lo pronto, solo supe contestar:

—Tienes razón, mujer.

Estuve á punto de recordarla aquello de «si lo quiere tu mujer, pide á Dios que sea bajo el tejado»; pero ella había razonado con diplomacia y discreción, y lanzarla un adagio tan manoseado era denunciar la torpeza cerebral de que padecía. Además, el adagio adolecía de injusto en estas circunstancias, porque se debía agradecer su feliz acuerdo de invitarme á escribir un nuevo apunte de costumbres populares, que, seguramente, no hubiera hecho, dada la impresión des-

agradable que me producían estos *duelos*... Es más, otras rápidas reflexiones me hicieron rectificar los juicios anteriores y, cuando mi mujer y yo íbamos hacia la *casa del muerto*, no puedo negar que estaba poseído de cierta mal sana impaciencia por llegar y recoger cuantas escenas repugnantes presenciara en más de una ocasión, y que antes como ahora no habrían de faltar...

La tarde era axfisiante; era una de esas tardes soñolientas en las que el viento solano hace sentir su tirana influencia.

En la acera de la sombra y á la puerta de una casa había un corro de hombres y mujeres, que debían estar haciendo comentarios sobre la herencia del muerto, pues al pasar, oímos estas exclamaciones:

—¡Èsa ley no 'stá güena; log que se casan lo hacen pâ disfrutâse tóa la bía!...

—¡Güénoh lóboh y que son log sobrínoh!...

A la puerta de la morada de tía Simona estaban las *plañideras*, escondiendo el rostro entre enaguas negras y plegadas sobre sus cabezas á modo de rebocillo, mientras lanzaban estridentes ayes estudiados, cada vez que veían llegar los concurrentes al duelo...

—¡Adióg! ¡ay! ¡ay!...

—¡Adióg, para siempre, tío Juan Pedro!... ¡ay!...

—¡Ay-ay-ay!... ¡Adióg, padre del pueblo!...

—¡Ay!... ¡Cuántoh próbeh se ban á 'cordá de tí, cuanti llegue el ibierno!... ¡Ay!...

—¡Ay, tío Juan Pedro!... ¡Qué bueno qu' érah!... ¡Y como me decíah!... Sinforosa., ¡Sinforosa!!... ¡Tía Simona y yo te querémoh, no como á criá, te querémoh com' á una hija!... ¡Ay!... ¡Y t' hé moh de comprar un gran ajuá, cuando te cáseh!... ¡Ay!!! ¡S' acabó tóo!... ¡Y qué bueno qu' érah!...

Y así *sucesivamente*... Pero nadie se conmueve, porque los gritos y lágrimas son los mismos que los de otros *duelos*; gritos y lágrimas que recompensan después los dolientes con la cuartilla de trigo, el medio cuarto de aceite, el pañuelo de luto, etc., etc....

Entramos en el zaguán, un amplio zaguán de casa solariega, donde había unas veinte personas entre mujeres y hombres, medio tapadas las caras con el rebocillo, aquéllas, y con el alzacuello del capote de paño basto, éstos; eran los deudos y criados que acompañaban á la *rezadora* en sus oraciones y que, de cuando en cuando, repetían con ella:

Bigen del Carmen,
del Monte Carmelo,
pó la 'zucena

que lleba tu pecho,
conduce 'ste alma
al descanso eterno.

De frente, en un cuarto pequeño, yacía tío Juan Pedro sobre una cama cubierta de encarnada colcha de percal. Alumbraban al cadáver seis ú ocho cabitos de vela, atados con bramantes á falsos blandones de madera pintada de blanco, y cuatro velones de metal, atendidos por las *veleras*; mujeres á quienes el rumor público acusa de consumir más aceite que los velones, gracias á unas calabazas que suelen llevar ocultas en las faltriqueras colgantes y *emparedadas* entre los refajos y las gandallas...

A la izquierda, estaba *el duelo de las señoras*, y en otra habitación frente á éstas, *el de caballeros*. Por suerte mía, uno de los que ocupaban las sillas junto á la entrada de esta habitación se levantó y me la dejó cortesmente; de tal modo y acogiéndome al pretexto de que mis ojos que venían de la calle no veían en aquella semiclaridad, pude evitar la amargura de pasar á sitio menos respirable. Después, cuando mi vista se acostumbró á aquella tenue luz, tuve mayor alegría: el cuarto parecía una húmeda cueva, sin mas ventilación que la de la puerta de entrada y la de un ventanillo entreabierto que no mediría más de treinta centímetros de diámetro; las paredes, recubiertas de espesa capa de tierra blanca, presentaban señales de haber recibido frecuentes *disparos de bocas sucias*... Aparté la vista, encendí un cigarro y tomé la resolución de fumar y fumar durante todo el tiempo en que permaneciera en aquella atmósfera infecta, cuyo olor indefinible era capaz de producir desvanecimientos al hombre de más fuerte membrana olfatoria...

Presidían el duelo tres hermanos del muerto, dos sobrinos carnales de la viuda y el señor cura de la parroquia, corpulento anciano, de grave aspecto; todos tenían la vista baja y no hablaban. En cambio, entre las demás personas, cuyo número no bajaría de cuarenta, se oía constante musiteo que algunas veces semejaba al hervor de una olla de campaña. Dos que estaban cerca de mí sostenían animado diálogo:

—Dicen que tío Juan Pedro ha hecho testamento ante cinco testigos.

—Pues seguramente, no lo saben sus hermanos, porque sus caras no revelan alegría, ni tristeza...

—Dicen que los deshereda...

—Pues si así es ¡buena la van á armar!...

—Ya lo creo; y no deben saberlo, porque no estarían aquí...

Del cuarto de *las señoras* salieron profundos y sonoros ayes y dejé de prestar atención al diálogo. Sin duda, cuando entramos mi mujer y yo, *las dolientes* se hallaban en un período de descanso, y ahora empezaba de nuevo el artificioso lloro, en el que algunas mujeres demuestran poseer excepcionales aptitudes que ¡ya quisieran tener más de cuatro de nuestras famosas actrices!...

—¡Compañeriiiito!... ¡Ay, mi Juan!... ¡Palomo... sí... te lo digo!... ¡Has entrado en el cielo... sí... Dios te habrá premiado por tu buen corazón con los pobres... ¡sí... padre de los pobres... á tu lado, nadie sabía lo que es el hambre!...

(Uno que estaba á mi lado y que debía conocer las interioridades de aquella casa, murmuró entre dientes:—Sí, padre de los pobres... y solía llevar por fanega la cuartilla de ganancia).

—¡Compañeriiiito!—continuó tía Simona.—¡Qué bueno fuiste para mí!... ¡Cómo te daba el corazón que ibas á quedarme sola, cuando me decias: (*Con voz más fuerte*)—¡Simona, no quiero que te falte nada; te dejo todo lo mío!...

Algunas toses interesadas interrumpieron las exclamaciones de la viuda. Poco después, se oía otra voz clara y potente de mujer joven...

—¡Ay, mi tío!... ¡Tío de mis entrañas!... ¡Cuánto me querías!... ¡La cerca de Mojongordo para tí, sobrina!... ¡Ay!...

Otra voz:

—¡Tío del alma!... ¡Sí... será cumplida tu voluntad!... ¡Tú no querías que á tu muerte desamparásemos á tía!... ¡No, no la desampararemos... pues aunque todo (*con voz más alta*) es nuestro, no la hemos de tratar como á una hospiciiana!... ¡Ay!...

La viuda comprendió *la indirecta* y prosiguió á su vez:

—¡Ay, mi Juan!... ¡Y qué buenol... ¡Como me lo quedaste todo ante testigos!...

Uno de los hermanos del difunto, al oír esto, restregó los pies por el suelo y lanzó, de modo que todos se enterasen, un «Eso no sirve para nada». A cuya imprudente manifestación contestó uno de los sobrinos de tía Simona:

—Si sirve ó no sirve, ya lo veremos.

Hermanos y sobrinos se enredaron de polémica. Estos decían:

—Sí, ahora le tenéis mucho cariño á vuestro pobre hermano, pero ninguno fuísteis capaz de pasar noches en vela como las pasó tía durante la enfermedad...

—¡Cállate y no me hagas hablar!—contestó el que cometió la imprudencia.—¡El cariño de tu tía!... ¡Bien lo demostró ayer, cuando mi

pobre hermano pedía que le hicieran una yema, y ella dijo á la criada: «Sinforosa, no la hagas, porque de todos modos se va á morir, y para qué gastar en balde!»

Los que estaban más cercanos trataron de hacer paz entre los dolientes, pero nada conseguirían, porque el señor cura abandonó su inmovilidad de estatua y con los ojos llameantes los increpó así:

—¡Indecentes!... ¡Cuervos hambrentones!... ¿No os da vergüenza del espectáculo indigno que estáis dando?... ¡Cuervos; cuervos!...

Un hermano de tío Juan Pedro, argumentó:

—Perdonen los señores, pero yo soy viejo y sé que el que se calla en estas ocasiones, le pesa después en el resto de su vida...

—Pues... para que no *te pese*...—respondió el cura con ironía—os diré que vuestro hermano hizo testamento ante cinco testigos... y con él nada tiene que temer de vosotros la viuda...

—¡Ese testamento *es compuesto*; no lo ha hecho el escribano y no sirve!—exclamaron los tres hermanos puestos de pie y descompuesto el semblante.

El sacerdote hizome repetidas señas para que me acercase, y cuando lo consiguió, me dijo:

—Señor, usted que entiende de leyes, haga el favor de leer este escrito.

Y me presentó desdoblado un pliego de papel de barba, que había sacado con trabajo de un bolsillo interior.

Efectivamente: se trataba de un testamento abierto, hecho ante cinco testigos y con todas las formalidades exigidas por nuestro Código civil. La *cláusula quinta* era toda *la esencia* del mismo, Decía: «Leggo á mi legítima mujer Simona Carretero y Paniagua, aparte de sus derechos de cónyuge sobreviviente, el usufructo de todos los bienes de mi patrimonio, con la facultad de poderlos enajenar si los necesitase.»

—Bueno... Aunque el testamento sea válido—dijo uno de los hermanos, con voz temblorosa—lo que deja es el *usufruto*, pero no la propiedad...

—Lo que *deja*—contesté con aspereza—es... que si ustedes siguen por ese camino, la viuda *necesitará* de los bienes de su difunto marido y no habrá herencia alguna para ustedes...

--Pues, entonces, quien lo herede que lo llore—replicaron, y salieron tambaleándose de coraje.

Del *duelo de las señoras* también se fueron los parientes de esta rama, en tanto que en las caras de los de la otra resplandecía cierta

alegría burlona, que interpretaba exactamente la substanciosa cláusula testamentaria.

A todos nos pareció que el buen sacerdote, inclinándose al lado de la debilidad, era el autor é inspirador del escrito leído, que nos resultó simpático en aquellas circunstancias en que el egoísmo desbordado saltó por cima de respetos y sentimientos. Sin embargo, también pensamos cuerdamente en que el cura habría de sufrir mañana serios remordimientos de conciencia: su intención fué buena, pues creyó que la *cláusula quinta* ataba en corto á los cuñados de tía Simona, obligándolos á portarse bien con ella, mientras viviera; no dudando que la viuda conservaría íntegra la propiedad de su difunto marido. Pero no había tamaña suposición en los que tenían experiencia sobrada acerca de la «vida moral» del pueblo: indudablemente el cura sería víctima de su gran corazón; bastaba observar los semblantes de hermanos y sobrinos para convencerse de que la viuda no resistiría mucho tiempo el ataque de éstos, para que pusiere en práctica la significativa facultad de enajenar...

Se acercaba la hora de cenar y mi mujer y yo retornamos á casa, con los estómagos ocupados de más bilis que la necesaria. Ambos fuimos del parecer de no asistir al velatorio, aunque sí al entierro que había de efectuarse al día siguiente, poco antes de misa mayor. .

Por la mañana estaba algo cambiado *el asunto de los herederos*. Uno de los hermanos de tío Juan Pedro consultaría su conveniencia con lo almohada, y el *muy cuco*—según decían—parecía transformado. Habló y explicó, á satisfacción de la viuda y sus sobrinos, que él se salió del duelo por instigación de los otros hermanos; que quería y respetaba á su cuñada como al muerto, cuyo testamento era justo... Claro es, los de la otra rama sabían perfectamente á qué atenerse, pero les convenía contentar al enemigo más solapado, y le ofrecieron, *con toda seguridad*, su parte. Los otros dos estuvieron allí á primera hora, pero al conocer esta *nueva castaña del hermanito*, se marcharon definitivamente, exclamando á grito pelado:

—¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza!

¡Por fin! se oyó la campanilla anunciadora del momento solemne de sacar el cadáver y respiramos con satisfacción; pronto terminaría nuestra misión y saldríamos de lugar tan molesto...

La gritería y los ayes eran tremendos... Un barbero del pueblo, de esos que se pasan la vida haciendo chistes, estaba detrás de mí y murmuraba yo no sé qué cosas, que celebraban otros con carcajadas medio comprimidas...

El duelo se puso de pie apenas se escuchó el canto fúnebre...

Si iniquitástes observáveris, Domine, quis sustinêbit?...

Y mientras que seguía el *De profúndis clamávit ad tè, Dómiue...*
el endiablado barbero parodiaba:

Si...i...quii...taste...si...i...roo...baste...toon...to...fuiste...que pâ mí...
lo dejaste...

.....
¡No puedo remediarlo! Siempre que oigo tocar á muerto, recuerdo
al tío Juan Pedro y creo escuchar en las campanas las imprecaciones
del cura:

¡Cuérvos!... ¡Cuér...vos!

R. GARCÍA-PLATA DE OSMA.



EL AMOR DESCUBIERTO

(CANCIÓN GRIEGA)

Oh niña, nos abrazamos
Y era la noche muy densa:
Quién nuestros besos ha visto?
Quiéu los oyó?—Las estrellas.
Una se lo dijo al mar
Y el mar al remo lo cuenta,
Y el remo lo ha repetido
Al marino que á la reja
Acude y canta á su novia
Nuestra amorosa leyenda.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.



LOS ZÚÑIGAS, SEÑORES DE PLASENCIA

(Continuación.) (*)



DICE Antequera, en su Historia de la Legislación Española, que conforme á la constitución antigua era inalienable el patrimonio de la Corona. Los gobiernos de las provincias y las ciudades se concedían solamente en feudo, es decir, por tiempo limitado y con condición de prestar servicio militar volviendo á la corona al morir el feudatario; pero Sancho el Bravo los concedió perpetuos y hereditarios, gobierno y jurisdicción, de suerte que se hicieron virtualmente soberanos sin deber más que una fidelidad común á la cabeza del Estado, ni reconocer otra obligación que la de acudir al servicio de las armas cuando el rey los llamaba á la guerra y remitir ciertas rentas á la corte.

En 1295 se juntaron en Vallanolid treinta y dos ciudades, villas y lugares, y constituyeron las célebres hermandades ó comunidades, que duraron hasta los tiempos del Emperador Carlos v. Fueron obligados á coaligarse para defender sus derechos contra los reyes y los nobles, que no se los guardaban, y no obstante convinieron en contribuir á la corona con los tributos acostumbrados; pero también en resistirla, como á los señores, á mano armada, siempre que intentase

(*) Véanse los números XLVIII—LIX—LXI—LXII—LXIII—LXIV—LXVI—LXVII—XCVIII—IC—C—CI y CII.

CALLE DE SANTA MARÍA.—En esta calle vivía en 1428 en una casa con corral, propia del Cabildo, Amad, carpintero, yerno del Bejarano,

CERCA DE LA PARROQUIA DE SAN ESTEBAN.—El cabildo en el año 1414 arrendó á Don Arradamen, moro carpintero, hermano de Amat, moro bejarano y Yasana, moro ferrador, su cuñado, vecinos de Plasencia, una casa cerca de San Esteban, y del Meson de Diego Gómez de Almaráz, que dicen de Antón Martinez, en cuya casa habitó hasta su muerte Ali, moro carpintero. En 1462, dió

menoscabar en lo más mínimo sus fueros y libertades. Eran tan perjudiciales y onerosas á los pueblos, las donaciones de villas y ciudades que hacían los reyes á los nobles y señores de la corte, que no pudiendo los reyes establecer el gobierno municipal en las villas de Señorío, en atención de no ejercer dominio alguno sobre ellas, que no sólo quedaban estas privadas de los diputados á las cortes, que competía á las de realengo, sino que su condición era durísima.

D. Alfonso VIII fundó á Plasencia en la aldea que llamaban Ambroz, señalándola los términos de tierra en su carta de fundación y puebla hecha en 23 de Marzo de 1189, imponiéndola el nombre de Plasencia.

A su concejo y habitantes é hijos de ella, les dió treinta y ocho privilegios y les concedió, confirmó y mandó se gobernasen por el fuero de ellos y mejorar las ordenanzas que en él les daban. El Rey D. Sancho agregó doce en el año 1290 y su hijo D. Fernando IV uno en 1297, al hacer uno y otro las confirmaciones de los fueros dados. Estas ordenanzas de leyes y privilegios mejorados y confirmados, forman el Libro del Fuero del Concejo, por el que se gobernó esta ciudad y su Tierra y por él sabemos su constitución, las leyes porque se regían en lo civil y criminal; su enjuiciamiento, cual era su administración de justicia y económica y el régimen de las huestes guerreras. En el tercer lugar otorgó D. Alfonso el privilegio de que no hubiera en Plasencia más que dos palacios, el del Rey y el del Obispo. En el octavo lugar les otorgó que bajo del Rey hubiera un señor, al que correspondiesen una parte de las penas de homicidio, mujer forzada y hurto.

Entre las ordenanzas anteriores á la confirmación del Libro del Fuero por D. Sancho, se halla el título «De las Suertes de los Oficiales», en el que dice: «Este pleito et convenencia facer el concejo de placencia, e place á todos que anden el iuez et el escribano por sexmos, et cayo por suerte primero en sant nicolas, et tras el sant Martin, et tras el sant peydro, et tras el sant Vicente. et siempre ande unos tras otros. Otrossi los alcaldes y mayordomos por suerte, pri-

el cab ldo á renta á Ayza Talaverano, moro, unas casas cerca del cementerio de San Esteban, línde á otras del cabildo, en que mora Hazan, moro herrador y de otra parte casas de Adurramen Rodero, moro, y por delante la calle Real y prometió hacer un portal á la puerta de su casa, sobradado «segun e por la manera e forma del fecho á la puerta de sus casas el dicho Haccin, herrador. En 1477, Esteban Monforte dió á censo dos pares de casas junto á San Esteban, á Mahomat Bejarano, moro. Hacia, moro carpintero, tenía (1486 á 1496) un corral que hizo casa en una calleja de la calle de Trujillo. En 1616, la Iglesia del Salvador tenía 100 maravedís de censo sobre una casa que fué de Alvaro de Osuna, morisco, en la calle de la Pardala, la cual casa fué confiscada por bienes de S. M. en la expulsión de los moriscos, y ante el juez, que vino de S. M. a vender los bienes de los moriscos, se presentó el derecho de la Iglesia y mandó se le pagase.

mero sant nicolas et sancta maria, et tras estos sant martin et sant Vicente, et tras sant peydro et sant salvador, et siempre anden unos tras otros.» Todos los oficiales del concejo eran electivos y los dichos sexmos ó parroquias eran los distritos electorales. Toda la jurisdicción civil y criminal, igualmente que el gobierno económico pertenecía al concejo y se ejecutaba por el juez y alcalde que elegían. El juez entendía en lo que tocaba al palacio del Señor, que era en los delitos de homicidio, mujer forzada y hurto. Los alcaldes habían de juzgar derecho como en el Libro del Fuero hallaren y aun podían hacerlo de lo que no encontrasen en el Libro; pero si no le placía al litigante ó procesado podía apelar al concejo que se reunía los viernes, y si el fallo de éste no le agradaba, podía apelar al del Rey, si era por homicidio ó herencia de cuatro maravedís arriba.

El Ayuntamiento le componían la justicia, el concejo y sus oficiales. El concejo nombraba además dos fieles mayordomos de abastos, en la forma antes indicada, de entre los ciudadanos de los sexmos de turno, que fueran hombres buenos, temerosos de Dios y poco codiciosos; éstos tomaban para sí el tercio de las penas y los otros dos tercios los tomaba el concejo y percibían de ellos la décima parte los alcaldes. Los fieles de abastos no podían prender nada por la falsedad que hallaren, sino en juicio de alcaldes y por escrito.

El escribano servía al concejo, á la justicia y á las aldeas de la ciudad y entendía en partir heredades con diez maravedís en soldada, que habían de pagar los alcaldes de sus ganancias.

Los andadores (alguaciles) habían de andar en mandamiento del concejo, del juez y de los alcaldes; había de ahorcar á los malhechores y guardar los presos.

El concejo nombraba sayón (pregonero) que no podía pregonar concejo sin orden del juez, y nombraba también vendedor y corredor público, el cual había de vender las armas dentro de los muros de la ciudad.

Todos los aportellados entraban por un año y no más, salvo andadores y sayón; el que fuera alcalde no podía tener otro portiello.

FINCAS RÚSTICAS.—En 1450, Yuzafe Bejarano, moro, tenía una viña al cauce allende del vado de San Juan, linde á la de Yucef Abenhavive, judío. En 1425, el cabildo dió á censo á Mahot, moro, hijo de Mahomat Pisabarro, ollero, y á Yucafe, moro zapatero, sobrino de Maestre Alí, ferradel, dos hazas contiguas que habían sido huertas, situadas á la otra parte del río Jerte y del vado de San Juan, y se comprometieron hacerlas viñas; Pisabarro puso en fianza una ollería y Yucafe una viña. En 1460 el cabildo dió á censo á Mahomad Jugabarro, ollero, y á Ima, carpintero, moros, dos hazas al lado de allá del vado de San Juan y se obligaron á hacer las dichas hazas majuelos. En el prontuario del cabildo menor ó sea de curas, hay una carta de censo de 16 de Marzo de 1491, ante García de Aguilar en Plasencia, por la que Diego Gonzalez de Carvajal y Elvira Gonzalez de Trejo, su mujer, vecinos de Plasencia; García de Oña; vecino de Galisteo, é Isabel de Toledo, su mujer;

En los juicios entre cristianos, judíos y moros, habían de entender dos alcaldes hechizos por las partes y en caso de discordia se nombraba un tribunal de cuatro, que habían de oír las querellas á la puerta de la iglesia de San Nicolás y habían de jurar los cristianos por su cruz y los judíos por su tora. Los cristianos tenían su audiencia, antiguamente, en el corral de los Alcaldes, que estaba junto á la parroquia de San Pedro y sus concejos ó ayuntamientos en la parroquia de San Estéban.

Así continuó la administración de justicia y hacienda municipal de Plasencia y su Tierra y continuó constituido su concejo hasta que el 11 de Enero de 1346, reunidos Diego Pérez de Granada, Gonzalo Pérez de la Cámara, Gonzalo Alfonso, hijo de D. Durán, Fernan Pérez el moro, Mateo Sánchez, el ballestero del Rey, Miguel Sánchez, primo de Pedro Sánchez, Estéban Fernández del Bote, Alfonso Rodríguez y Pedro González, que eran de los doce caballeros y escuderos á quienes el Rey D. Alfonso VI dió poder para ordenar todos los hechos del concejo; juntos en la casa del cabildo, que estaba en la calle del Chantre (hoy San Pedro) ante Alfonso García, escribano por Gome González, que lo era público del Rey, acordaron hacer oficiales: de la parte de San Martín, á Diego González, hijo de Gil González y Fernando Alfonso, hijo de Juan Alfonso, alcaldes.

Juez á Francisco Fernández, de la parte de San Martín y Mayordomo de esta misma parte Alfonso Pérez, hermano de Mateo Sánchez.

De la parte de San Salvador, hicieron alcaldes á Juan Fernández abogado y á Domingo Abril, hijo de Don Yagüe, y procurador por esta misma parte á Juan Estéban, hijo de Estéban Pérez.

Señalaron salario al juez, á los alcaldes, al mayordomo y al procurador.

Ordenaron, entre otras muchas cosas, que los alcaldes libren todos los días los pleitos civiles y los criminales por lo menos dos días á la semana y que éstos sean el martes y el viernes.

el bachiller Francisco de Xerez, vecino y regidor que fué de Plasencia y Juana Gonzalez de Trejo, su mujer; Fernando de Carvajal, yerno de Sancho de Abellaneda; Doña Imina, mujer de Abrayn Serrano, moro difunto, vecino de Plasencia, Haxa y Fatima, sus hijas; Abrayn Probecho y Hazar, su mujer, hija de dicho Abrayn Serrano y Doña Imina, su mujer, y en nombre de cada uno de ellos y por sí, y por virtud de los poderes de ellos y de cada uno de ellos, particioneros en las siete caballerías de la heredad de Mari Juan; Diego Gonzalez de Carvajal en nombre de todos otorgaron que las dieran y las dieron á censo al concejo y hombres buenos del lugar de la Serradilla y á los vecinos y moradores del dicho lugar y particularmente á Gonzalo Sanchez é Fernan Gonzalez, escribano e Sancho Martin e Andres Gonzales e Gonzalo Mateos e Alonso Fernandez, vecinos del dicho lugar, fiadores con las condiciones siguientes: Pagar por las siete caballerías cada año 26.025 maravedis de los 37.500 que montan toda la dicha heredad á 3.750 maravedis en Plasencia y á cada uno, según lo que le perteneciere por las partes que tuviere de las nueve, según fuese el repartimiento.

Ordenaron fueran turnando los nombramientos por parroquias y hacerlos en la dicha forma de este año.

Aprobó el Rey este ordenamiento y dió su carta para que se cumpliera escrita en pergamino, con sello de plomo pendiente, en Villareal á 17 días de Noviembre del mismo año de 1346. Por este ordenamiento se confirmó que los alcalces fueran cuatro ó sea igual número que cuando el obispo de Plasencia D. Adán, cambió un cañal (aparato para cojer peces) del río Tiétar por otro que estaba puesto en el río Tajo, el año 1248. Los alcaldes antes de esta fecha fueron dos, que juzgaban con el juez. El Rey D. Alfonso XI en este año 1346 creó los doce regidores que habían de ser nombrados de los caballeros y escuderos de la ciudad, para que entendieran en las cosas de hacienda; el número de ellos se ve reducido á ocho en el año 1388. En las cortes de Madrid del año 1435, se dispuso que se nombraran por el Rey los alcaldes y justicias municipales, eligiéndoles de las ternas que propusieran las poblaciones. Estos que habían de entender en la administración municipal, que vinieron á conocerse con el nombre de regidores, no los hubo antes, pues en su lugar regía el concejo y luego en vez de ser temporales lo fueron vitalicios y después hereditarios, y últimamente se adquirían estos oficios perpétuos comprándolos al Rey, como los demás, cuya venta se prohibió por Felipe V; pero privó á la vez á las pocas ciudades que disfrutaban el derecho de nombrar por elección los oficiales el que los nombraran en el tiempo sucesivo.

A las poblaciones que como Plasencia gozaban fuero de nombrar sus jueces ordinarios, acostumbraban los reyes cuando lo tenían por conveniente, enviar alcaldes forastaros para que no teniendo parentesco ni aficiones por amistad, fuesen imparciales. En las cortes de Alcalá del año 1345, se les conocía con el nombre de Alcaldes Veedores y en las de 1348 con el de Alcaldes Corregidores, creados como hemos dicho, por D. Alfonso XI; por lo tanto, al advenimiento de don Alvaro de Zúñiga al Señorío de Plasencia, el municipio estaba constituido según lo vigente en el año en el año 1435; con su corregidor Pedro García Fernández de Miranda, nombrado por su padre, al que sucedió, nombrado por D. Alvaro, Pedro García de la Torre y á éste D. Francisco de Xeres. Cuando murió D. Alvaro (1488) eran regidores Francisco de Trejo, Gutierre de Carvajal, Pedro Suarez, Juan Buezo, Francisco Marquina, Pedro de Ahumada, García Salazar, Rodrigo de Soria, Alonso de Quiros y Alonso de Béjar.

¿Cómo y por qué estaba constituido el municipio en esta forma

que tenía al ocupar D. Alvaro de Zúñiga el Señorío de Plasencia y su Tierra?

No es muy fácil contestar á esta pregunta y han de perdonarme los lectores el que me atreva á contestarla.

En hipótesis la contestaré diciendo: que se vino á este estado buscando la libertad de gobernarse por la voluntad de la mayoría de los gobernados, cuya busca de la libertad de la mayoría se sigue, no se ha encontrado ni encontrará; lo cual ha dado, da y dará lugar, á formas diversas de gobierno; á dejar las nuevas y volver á las antiguas dejadas por inútiles y desechar las últimas tenidas en práctica; pero sin encontrar nunca el medio de conocer con seguridad la verdadera voluntad de la mayoría de la nación, de la región, de la ciudad, de la villa, del pueblo, ni aun de la aldea.

No recuerdo donde leí, ni para el caso importa mucho el recordarlo, que hubo un día en Barcelona, en los sitios á ellos destinados, grandes cartelones que anunciaban una función al final de la cual un aereonauta ascendería en un globo de aquellos que hace cincuenta años se usaban en España. Cuando el globo estaba inflado, y con su trapecio para de él colgarse el aereonauta, se levantó un viento huracanado y el acróbata soltó un pequeño globo explorador, para conocer la dirección en que soplabá. Todo el público vió que con gran rapidez luego que superó la altura del circo, se dirigió al inmediato mar Mediterráneo. Entonces el pundonoroso gimnasta dirigiendo su palabra á la autoridad que presidía, á la par que al respetable público, dijo: «sin excepción ni condición alguna me he comprometido á la ascensión, estoy dispuesto á cumplir mi compromiso. El público ha visto que el aire llevará el globo á la mar, en la que, si asciendo, me ahogarán sus olas ¿salgo del circo en el globo?»

Una voz, dos, cuatro, diez y seis, doscientas cincuenta y seis, 65.386, con grito unánime y acompasado dijeron: «que salga, que salga» repitiendo lo mismo hasta que salió... y salió también el público del circo; pero el aereonauta y su globo desaparecieron de las miradas que se dirigían al aire, sobre el mar, humedecidos los ojos por las lágrimas y no se ha tenido hasta ahora noticias del fin de la víctima de la irreflexiva unión de voluntades de la multitud.

¿Salió el aereonauta por la voluntad de la multitud? ¿Aquel vocerío ensordecedor de todos los concurrentes expresaba su voluntad ordenándole que saliera? No: bien claro lo demostraron las lágrimas de los gritadores cuando le veían conducido por el aire á perecer, y el duelo de la ciudad por tan triste resultado de la unión de las voluntades del tumulto.

Si la primera voz que se oyó hubiera dicho que no salga, en progresión geométrica hubiera ido creciendo el número de las voces diciendo que no ascendiese, hasta que todo el público gritase: «que no salga, que no muera».

Si antes de empezar la gritería el gimnasta hubiera preguntado al que más gritó si quería que ascendiese á buscar seguramente la muerte, le hubiera contestado que no, y otro y otro y todos separadamente, excepto algún malvado, algún bruto ó borracho, le dirían que no querían cargar su conciencia con la culpa de su muerte y podemos afirmar que no era la voluntad del concurso la manifestada por sus acompañadas voces.

¿Qué fenómeno será este observado en las reuniones de las multitudes de los hombres que tan rápida é irreflexivamente une las voluntades para el bien ó para el mal, contra ó en favor de su propósito? Dos ejércitos enemigos se atacan; su propósito en cada uno es vencer, destruir á su contrario; pero en uno de ellos huye un soldado, le imita otro y luego rápidamente cuatro, diez y seis, doscientos cincuenta y seis, sesenta y cinco mil trescientos ochenta y seis, vuelven la espalda al enemigo y por sus contrarios son aniquilados.

Y aunque se me tache de mezclar en este escrito lo divino con lo humano, diré que si ante Pilatos la primera voz que le contestó hubiera dicho «queremos á Jesús», la multitud la hubiera seguido y Barrabás hubiera sido crucificado, sin tenerse que lavar Pilatos las manos; pero no podía ocurrir que un cristiano de la multitud se adelantara en la petición á un amigo del foragido; porque la predisposición del espíritu de los cristianos, hecha por el Salvador, era la de no oponerse á que le crucificaran por redimir al género humano.

La predisposición de los espíritus para conseguir un fin, ha sido mil veces probado ser muy eficaz y conveniente. ¡Cuántas victorias han sido debidas á la predisposición del espíritu de la multitud de militares hecha por la arenga de un general prestigioso!

La multitud de los ejércitos muchas veces ignora la causa de la guerra; la lleva á la pelea la disciplina, sin pensar en la justicia de ella. Si va predispuesto su espíritu y su voluntad de vencer, crecerá en entusiasmo, en progresión geométrica, y aunque sean los menos numerosos, será suya la victoria; pero si dos, cuatro, diez y seis vuelven las espaldas y son secundados, crecerá el número de los acobardados en la misma rápida progresión numérica, llegarán al espanto y terror pánico, sin que los mejores generales puedan contenerle. Hemos dicho que en el espíritu humano de las multitudes se observa este fenóme-

no; pero no es sólo en las de la humanidad donde se observa; en la multitud de animales reunidos en una feria, el espanto de uno sólo se ha propagado muchas veces á todos los animales y á las personas de tal manera, que no ha podido dominarse y concluir hasta que la gran dispersión le ha hecho cesar.

¿Qué hilo misterioso, qué nexos, qué conexión hay en los espíritus de las multitudes reunidas de persona, que á tantos crímenes las ha conducido? No necesitamos conocerlo, sabemos que existe y lo sabían ya cuando Alfonso VIII dió el fuero á Plasencia, y porque tenían averiguado que del concejo reunido de vecinos era difícil conocer la voluntad ó sea lo que quería la mayoría de los individuos, creyeron que eligiendo de la multitud de vecinos los que parecían mejores para administrar la justicia y los intereses del común, podrían evitar las injustas, las ilegales decisiones resultantes de la conexión de los espíritus de las reuniones numerosas de los hombres incapaces, cuando están reunidos, de sustraerse de lo que tienen de animales irracionales y que podrían conseguir limitando su número, no se produjeran en sus espíritus las aberraciones experimentadas en los de las multitudes. Para disfrutar todos igualmente del derecho de elegir y ser elegidos juzgadores y administradores, establecieron el turno en rueda de la elección de las personas pertenecientes á los distritos electorales llamados sexmos, parroquias y también linajes, porque no estaban divididos y amojonados en el solar amurallado; pues la división de esta manera de las parroquias es relativamente moderna y los parroquianos eran adscritos á ellas según al linaje de familia á que pertenecía el cabeza de familia, cualquiera que fuera el punto que habitase de la población. Ya habían desechado la elección de Rey por aclamación de las multitudes, porque sabían por experiencia que no resultaba hecha las más veces por la mayoría de las voluntades racionales. Ya se había limitado á que la hicieran los grandes con las grandes dignidades eclesiásticas, y ya había sufrido el país las consecuencias de que se dividieran ó partieran los habitantes en grupos secuaces de aquellos que mejor habían sabido moverles sus voluntades haciendo vibrar el hilo misterioso, motor de la solidaridad de los espíritus de las multitudes, para elegir aquel Rey que aunque no fuera el mejor ni al que la mayoría prefería, fuese el que mejor pudieran dominar y que la voluntad y poder que en él dimitía la Nación, lo usara en el provecho de los pocos que le elegían. Para evitar estos errores y perjuicios de las elecciones, hiciéronse hereditarias las coronas y convirtieron al rey en monarca con la esperanza de que depositándose en una sola persona

la voluntad nacional y el poder ejecutivo lo usaría en bien del país conforme á la voluntad de los súbditos, puesto que en él sólo se habían dimitido todas las voluntades; pero muy pronto apareció el favorito cuya voluntad era la que dominaba y no la que los gobernados habían renunciado en el monarca.

El mal del favoritismo estaba en su período álgido al empezar don Alvaro de Zúñiga su Señorío de Plasencia y su Tierra. La evolución constituyente de los municipios no marchaba paralela á la del Poder Real, ni á la de la monarquía; la fué siguiendo buscando también aquella manera de enajenar su voluntad la multitud que condujera á gobernarse según el deseo de la mayoría. Aquella misteriosa conexión de los espíritus de las congregadas muchedumbres que las hace enloquecer y obrar siguiendo el primer grito espontáneo, ó predispuesto por la elocuencia ó la arenga del que la sabe hacer vibrar en su provecho, impide é impedirá hallar el modo de que el municipio, la región y la nación se gobiernen por la voluntad de los gobernados, porque el hombre no puede separar de su alma lo que tiene común con la de los animales irracionales.

El gobierno municipal era comunista-socialista; la comunidad ó los que la gobernaban con ó sin la mayoría de la voluntad de ella, lo eran todo; el individuo nada. La libertad individual no existía, la propiedad común y la particular se cultivaba y administraba, así como los productos de las artes y de la industria, según prescribían el Libro del Fuero y las ordenanzas anejas y los productos no se podían vender ni comprar, sino después de señalado el tiempo, obtenida la licencia y tasado el precio, peso, medida y hechura.

La casa de D. Alvaro no tenía por qué envidiar en esplendor á la del Rey D. Enrique IV; era su mayordomo, Alfonso Gómez de Bejar; su contador, Juan de Toro; su cronista, Diego Ruiz, vecino de Plasencia. Era Diego de Córdoba, su aposentador mayor; Íñigo Ortiz de Zúñiga, maestre-sala; Nuño de Collazos, camarero sucesor de Francisco Marquina en la casa, ya jubilado y regidor de Plasencia; Francisco Fernández cura de Gil Buena capellán; Pedro Yanguas, escudero de la Condesa; Vasco de Rivera, alguacil; Lope Ortiz de las Cuevas, montero mayor y otros muchos que no quiero cansarme en nombrar y multitud grande de criados que sería inútil nombrarlos. Muchos regulos moros tuvieron reinos más pequeños que sus estados y aunque vasallo del Rey, algunas veces le sustituía en sus funciones regias y derechos reales, según lo hizo en primero de Marzo de 1463 mandando al Ayuntamiento y concejo de Plasencia que auxiliaran á Pedro de Salinas, su

criado, en la recaudación para él, el Conde, de lo que cupo á Plasencia y su tierra de las diez y seis monedas y pedido que el Rey repartió en sus reinos, y aunque esto no era un hecho singular, inaudito en aquellos calamitosos tiempos, no podemos resistir el deseo de que le conozca el lector no embargante el peligro de cansarle.

Con la dicha fecha estando en el Ayuntamiento «el licenciado Pedro García de la Torre, justicia y Corregidor por el Sr. Conde de Plasencia e otro si estando Fernando de Avellaneda alcalde e Gome de Soria e Rodrigo de Soria e Luis de Joyo e Pedro de Afumada, regidores, presentó Pedro de Salinas una carta que leida dice así: Yo D. Alvaro de Estúñiga conde de Plasencia, Justicia Mayor de Castilla e Señor de Gibraleón feга saber á vos el concejo Justicias e Regidores, Caballeros, escuderos oficiales e omes buenos de la mi cibdad de Plasencia, que yo he mandado á Pedro de Salinas my criado, e le he dado cargo que reciva e recaude por my e en mi nombre e para my los maravedises de las dez e seis monedas e pedido que el Rey nuestro Señor mando echar ed repartyr en sus Reynos este año de la fecha desta mi carta ya esa dicha mi cibdad e su tierra copo á pagar, por que vos mando que recaudedes e fagades recabdar e pagar al dicho Pedro de Salinas ó al que su poder obiere, con los maravedis de las dichas deciseis monedas e su pedido que a esa dicha cibdat e su tierra copo pagar este dicho año á los plazos e segun en la manera questa mandado repartir e cojer e pagar por el dicho Señor Rey, e de los maravedis que le dieredes tomad sus cartas de pago ó del que su poder obiere, con la qual e con esta, e por esta mi carta do poder cumplido al dicho Pedro de Salinas e á quien su poder obiere, para cobrar de vos los maravedis de las dichas monedas e pedido, e para que sobre ello vos pueda facer e faga todas las prendas e premios e apretamientos e requerimientos e protestaciones e entregas execuciones e los otros otros abtos e diligencias que para cobrar los dichos maravedis se requieran facer ansi en juicio como fuera del, doy la presente fecha primero dia del mes de Marzo año del nascimiento de nuestro salvador jesuxpto de mil quatrocientos e sesenta e tres años. El conde D. Alvaro fué pregonada, etc.»

VICENTE PAREDES.

(Se continuará).

CRÓNICA REGIONAL

No seríamos sinceros si no expresáramos en el comienzo de esta Crónica, la honda emoción y la dolorosa sorpresa que en toda Extremadura causó la cruenta tragedia de Lisboa, que se nos aparece con todos los caracteres de lo dramático y como obra mas del hado que de la libre voluntad, semejando las que en el teatro griego produjeron Sofocles y Euripides.

A los motivos humanos, pero generales, á que en todas partes obedeció la reprobación de un hecho, que dejando á la justiciera *Clio* su definitiva calificación y censura, ataca desde luego por su forma el honrado sentir de cualquier conciencia recta, uniéronse aquí otros particulares de los que no fueron los menores la territorial vecindad y la no por espiritual menos verdadera consanguinidad de las dos regiones, que en lo antiguo constituyeron la céltica Lusitania que ahora han contribuído de un modo poderoso á intensificar el sentimiento haciéndolo casi propio.

Caridad deseamos y pedimos para todos los muertos con tan triste motivo, como deseamos paz y concordia á todos los sobrevivientes, gobernantes y gobernados, que después de llorar á aquellos, con sublime abnegación quieren borrar los yerros ajenos que fueron los generadores de la horrible tormenta, en que se fraguó el rayo que como siempre descargó en las alturas.

¡Quién le digera á la doblemente augusta, más aún por el dolor que por el excelso nacimiento, Reina, que el epílogo de su agradable excursión á la ciudad de Badajoz había de ser un calvario tan cruel y que los vítores y espontáneos aplausos que provocó en su breve estancia entre nosotros, se habían de convertir en las mortíferas descargas de la plaza de los Ministerios!

Muda de desolación y espanto, figúrasela la imaginación gritando con el profeta: *¡Oh vosotros los que transitáis por los senderos de la vida, detenéos y mirad si hay dolor semejante á mi dolor!*

Por otra parte. ¡Qué sarcástico comentario es el que hace la realidad á todas las ficciones legales! Mal pararrayos va resultando en la

historia la constitucional responsabilidad ministerial, cuando el vendaval de la pasión desborda los espíritus de los altos ó de los bajos.

*
* *

Hace pocos días publicó la *Gaceta de Madrid*, los planes de las obras públicas que se han de subastar en el presente año económico, y de las que durante él se han de estudiar sus proyectos: y ¡cosa insólita!, figuran en ellos todas las provincias españolas cuyo servicio corre á cargo del presupuesto general del Estado, con una sola excepción, la de la provincia de Cáceres, que es la *Cenicienta* de las provincias.

Es esto realmente inícuo, y mayor culpa que al poder público, cábele á la actitud más que humilde, humillante, de todos los organismos, clases directoras y masa general, que sufren con estóica inconsciencia, los puntapiés que á diario vienen recibiendo, con una filosofía rayana en abyección.

Así somos por aquí; mucha palabrería, mucho amor á la tierra en el decir y el pensar pero eunucos en el obrar, seguimos nuestra, más que vida, vegetación, justificando otra vez más el adagio de que cada pueblo no tiene más gobierno que el que se merece.

¡Qué le vamos á hacer! dirán los más.

A nosotros si se nos ocurre decir á la flamante *Unión extremeña*, que tiene la palabra para una alusión personal. ¿Sabrá justificar en este caso su existencia? porque si para remedio de estos males no ha de servir, vale más que se retire por el foro; y con ella se desvanezca la última ilusión, de los pocos que aun creemos en la resurrección del alma extremeña, dormida desde hace siglos.

*
* *

Contrastan con esta aceda realidad, las gestiones que los partidos judiciales de Hoyos, Coria y Ciudad-Rodrigo, vienen haciendo para conseguir la pronta construcción del ferrocarril de Rio-Tajo á esta última Ciudad. A las reuniones de Moraleja, ha sucedido otra en Hoyos el día 27 de los corrientes con asistencia de representantes de todos los tres partidos judiciales, en la que se nombró una Junta gestora, primer paso para que la aspiración común, vaya entrando en el terreno de los hechos.

Mucho nos tememos, sin embargo, que todos estos buenos propó-

sitos como las flores del almendro, se hielen en contacto con el frío ciego de lo contingente; y la realidad, es que esa vía férrea, verdadera arteria regional, la han colocado las circunstancias entre dos líneas poderosas, cuyas fuerzas contrarias impiden su progreso.

Lo mejor, dice la experiencia en forma de refrán, es enemigo de lo bueno, por eso sospechamos que ese trazado, que es desde luego el mejor, no sea el bueno para nuestra provincia, á la cual lo que le conviene es unirse con Castilla, aun cuando eso lo hiciera rodeando por Cañaveral á Salamanca, pues en negocios económicos, como en otros muchos, suele ser la curva el camino más fácil y pronto entre dos puntos.

Reflexionen los interesados y vean si les sería útil dividir la línea en dos secciones, una de Rio-Tajo á Hoyos, en lo que pudiéramos llamar *interland* de la línea de M. C. y P. y Oeste de España; y otra desde allí á Ciudad-Rodrigo, en la esfera de influencia de la línea de Salamanca á la frontera portuguesa.

Es consejo leal de quien tan estrechamente ligado está con la feráz SIERRA DE GATA.

*
* *

Por la fruta se conoce el árbol y para muestra basta un botón.

Para que nuestros lectores de fuera de la región vean, cómo progresa la urbanización de nuestros pueblos, cómo se atienden las reglas de la higiene y de qué manera se sirven los intereses de los vecinos, de los cuales hasta ahora se creía que el de la salubridad, garantía de la vida, era el primero, les noticiaremos, tomándolo de la prensa local, que en el Ayuntamiento de esta ciudad se han terminado los trabajos preparatorios para construir un mercado en la Plazuela de Concepción, que á juzgar por lo que cuentan, será *espaciosísimo*, como que cada puesto tendrá la enorme extensión de metro y medio cuadrado, la precisa para que quepa de pie, y si no es gruesa, la vendedora: y que como las casas de Nueva-York, tendrá, para mayor comodidad, varios pisos.

Con esta reforma, que nadie echaba de menos, se gastará el Municipio, verdad es que le sobra el dinero, unos miles de duros, y al cabo de los años mil volverá á privarse de aire y luz á uno de los centros más importantes de la Ciudad, que recobrará con ello su antiguo aspecto de aldea mal sana, mal oliente y gallardamente cochina; ver-

dadero aduar en el que la demografía acusa año tras año, más mortalidad que nacimientos.

¿No es verdad que este caso atávico es todo un poema?

Si no hacen falta plazuelas, porque son más útiles las callejuelas, tanto en lo urbano como en lo psíquico, ¿quieren decirnos los que así opinan, por qué se gastaron bastantes miles de pesetas, pasaron de 16.000, hace dos años escasos en derribar una casa para dar más amplitud á la plazuela que ahora se quiere suprimir?

¡Cosi va el mundo, carísimo Bambino!

*
* * *

Comenzó este mes, Febrero loco, con una hecatombe y concluye con un gesto de *Arlequin*. No se alarmen mis lectores, es *D. Carnal*, siempre latente, que hace su turno anuo en plena faz. Todo es igual y lo mismo, sólo varía de forma.

Eutrapelicémonos pues.

Bien lo dijo el poeta:

«En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira.»

Cálamo Corrente.

29 de Febrero, 1908.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Extremadura en la Guerra de la Independencia Española.—*Memoria histórica y colección diplomática por D. ROMÁN GÓMEZ VILLAFRANCA, Licenciado en filosofía y letras, Oficial del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, archivero de la Delegación de Hacienda en Badajoz, Jefe de la biblioteca provincial incorporada al Instituto general y técnico.*—Badajoz, Talleres de Tip., Lip. y Encuadernación de Uceda Hermanos, II, Francisco Pizarro, II, 1908.

Lo que todos echábamos de menos, lo va á realizar con esta meritoria obra el culto bibliotecario de la provincia de Badajoz, cuyos propósitos exponen el siguiente Prólogo:

«La guerra de la independencia española se desarrolló en Extremadura con brillantez igual, por lo menos, á la que revistió en cualquier otra región de España.

Para fundamentar esta afirmación, basta recordar unos cuantos hechos: A muy luego del 2 de Mayo de 1808. mandó Asturias emisarios á Inglaterra que solicitaron y obtuvieron el auxilio del Estado Británico; mas Extremadura hizo en seguida que representantes y comisionados suyos acudiesen á Lisboa para tratar con Lord Wellington y sus lugartenientes la acción combinada de los ejércitos de ambas naciones contra Francia.

Una Junta en cada región española recogió la soberanía de que fué despojado el Monarca y una Junta Superior hubo en Extremadura, tan meritoria como cualquier otra por no decir que más, que organizó y puso en pié de guerra un Cuerpo de valientes y los mandó á Castilla, donde, antes de expirar el año 1808, tuvieron la gloriosa malaventura de participar de la derrota de Burgos.

Los pequeños episodios de aquella guerra fueron en esta región tan innumerables como en el resto de España, tan varios aquí como allá, tan lamentables algunos en la nuestra como en las otras comarcas y, en prueba de ello, hable la memoria de aquel infeliz Conde de la Torre del Fresno, sacrificado en Badajoz casi del mismo modo y al propio tiempo que el Conde del Aguila en Sevilla y que en Cádiz el Marqués del Socorro, D. Francisco Solano, que poco antes ejercía el mando superior militar en Extremadura.

Asimismo en cuanto á los grandes hechos de armas: la batalla de Medellín, por ejemplo, fué para España tan deplorable como las de Cabezón y Rioseco, acaso por haberlas dirigido el mismo desgraciado, aunque experto y valeroso General D. Gregorio de la Cuesta; pero tuvieron su compensación y satisfactoria revancha en la de la Albuera, comparable con la de Bailén, no sólo por lo lisonjera para nuestros soldados y porque el mismo General Castaños, vencedor de Dupont en Andalucía, lo fué de Soult en Extremadura, sino por los resultados que de ellas se obtuvieron.

Mudando de los campos á las ciudades el escenario de la guerra, Zaragoza sufre dos sitios que la aniquilan, pero la immortalizan; tres veces experimentó Badajoz los rigores del asedio, que la atormetaron sin glorificarla.

Si de los acontecimientos bélicos llevamos la atención á los políticos y la paramos en nombres de parsonajes famosos, desde Meléndez Valdés; que tuvo en peligro su vida desempeñando cierta comisión cerca de la Junta de Asturias, sería larguísima la lista de insignes extremeños que, como Muñoz Torrero y Calatrava, cumplen patrióticos deberes en las Cortes de Cádiz y en el Consejo

de Regencia presidido por el Obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo y Quintano, que nació en Extremadura.

Quédese aquí la evocación de recuerdos que patenticen nuestra primera afirmación; no se haga mérito de una contribución de ocho millones de reales, acordada y satisfecha con creces como primera partida en la cuenta de sacrificios económicos, que voluntariamente se impuso Extremadura tan desde luego en aquella empresa, como que empezó á recaudarse en Julio de 1808. Eso y mucho más que omitiremos ahora sobra para convencer, si se dudase, de que á Extremadura se ha de tener, para ser justos, tan presente como á todo pedazo de España, cuando se quiera apreciar lo que la Historia nacional debe á la de las regiones.

Pero esa historia respecto de Extremadura no está hecha. Por lo menos, se puede y conviene hacerla más expresiva, por más concreta, y más elocuente y veraz, por mejor documentada.

No pretendemos tanto, ni aun reduciéndonos á la época y asunto de la guerra de la independencia; pero deseamos ayudar á quien lo intente, mediante una Colección diplomática que formamos con documentos que se conservan en Archivos de Corporaciones ó de particulares que han tenido la benevolencia de permitirnos examinar sus fondos, por lo que hacemos desde aquí pública manifestación de agradecimiento.

Reciba Extremadura nuestro trabajo como testimonio de sincero cariño y España como homenaje de entrañable amor y daremos por bien empleados nuestros afanes.»

La REVISTA felicita sinceramente al Sr. Gómez Villafranca, y á la vez escita el patriotismo de todos los extremeños, para que presten su colaboración y *suscripción* á esta obra, que de lograrse, ha de ser un verdadero monumento erigido á las glorias regionales.

B.

Un feminismo aceptable, por el P. JULIO ALARCÓN Y MELÉNDEZ, S. J. (*Saj.*).—Madrid 1907, 328 ps. en 8.º.

Mientras haya mujeres en el mundo, habrá que contar con ellas para resolver bien los problemas de la vida. En nuestros días apasiona los ánimos en pro y en contra la cuestión femenina ó el Feminismo. Los feministas, con faldas ó sin ellas, son ya *legión* y *legión* verdaderamente *fulminante*. Pero los antifeministas no les van en zaga: y en el fragor del combate, en el mutuo entrechocarse de ideas y sistemas, es tal la confusión y el estruendo, que se hace imposible entenderse.

No pretende este libro poner desde luego paz entre los contendientes, sino dar una idea de la cuestión y algunos datos para resolver el problema España.

Lo hace el P. Alarcón con el ingenio chispeante y la amenidad de estilo de que tantas pruebas tiene dadas el conocido autor de *La Europa Salvaje* y *Genialidades*, resultando libre atractivo é interesante.

He aquí el índice de esta obra.

I. Ni risa ni desprecio.—II. Feminismo inaceptable.—III. ¿Hay feminismo en España?—IV. Mariposeando sobre el problema.—V. Feminismo de Concepción Arenal.—VI. Una antítesis y una digresión.—VII. En pro y en contra.—VIII. La sexualidad invertida.—IX. Religión y moral del feminismo.—X. El concepto de la vida.—XI. ¿Qué es la mujer?—XII. Monstruosidades erróneas.—XIII. La inteligencia femenina.—XIV. La coeducación.—XV. El derecho á la vida.—XVI. Obreras y maestras.—XVII. La mujer y la prensa.—XVIII. La mujer y la medi-

cina.—XIX. La mujer y la política.—XX. La mujer española.—XXI. ¿Dónde están las mujeres?—XXII. Sacerdotisas y Religiosas.—XXIII. Amparo á las desamparadas.—XXIV. Un ideal no erróneo.—XXV. La reina del hogar.—XXVI. En defensa de la mujer.—XXVII. La trabazón de los sexos.—XXVIII. Adulterio y divorcio.—XXIX. El divorcio en España.—XXX. Femenismo aceptable.

Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres.—*Memoria y datos estadísticos correspondientes al año de 1907.*—Tip., Encuad. y Librería de Luciano Jiménez, [Cáceres] 1907.—29 págs.

Impresa esta Memoria en el año actual, sin duda alguna, (yerra el pie de imprenta), encierra muy lisonjeros datos sobre el estado próspero de esta naciente institución tan provechosa para Cáceres, que comenzó hace dos años sus operaciones con 19.395 pesetas y ha contado en 31 de Diciembre un activo de 92.615'14.

Atribuimos la redacción de este trabajo, con sus interesantes resúmenes de datos, al secretario Sr. D. Casto Ibarlucea, á quien felicitamos, no sólo por la claridad que en aquel campea, sino principalmente, porque ve ya alzada y sólida la obra que anheló con noble empeño, y á cuya fundación y desarrollo tanto ha cooperado.

DE VARIAS REVISTAS

En *Guadalupe* ha anunciado el Sr. Plaza la publicación de «un manuscrito importante para la historia del Santuario extremeño», escrito en 1801. Anticipa la siguiente noticia en aquél consignada: «En 1496 habiendo venido á visitar á Nuestra Señora el Almirante Colón descubridor de las Indias Occidentales se bautizaron dos criados suyos indios, fué padrino el Comendador Barela, libro 6.º de Bautismos, folio I vuelto; ofreció á Nuestra Señora una lámpara de plata y varias joyas de oro; libro de Bienhechores.»

El mismo señor, en el núm. 28, trata con encomio de un *Ecce-homo*, inadvertido hasta ahora, guardado en una vitrina, en el relicario del Monasterio, escultura que dice recordarle la famosa de San Francisco de Alonso Cano, del tesoro de la catedral toledana. Por lo que valer pudiera recojemos este juicio y aviso.

—Copioso en noticias, como todos los suyos, es el artículo de don J. P. de Guzmán, que puede leerse en el núm. 6 de este año de *La Ilustración Española y Americana*, acerca de «Los emigrados de Francia. Recuerdos de la Revolución». Fué inundación la venida de tantos religiosos y sacerdotes franceses á España. Baste el dato de que de estos últimos aposentáronse p. ej. en Badajoz «más de doscientos».

—Nuestro querido compañero Roso de Luna, «que no desdeña ningún conocimiento, ni escusa ninguna labor intelectual, al modo amplio y firme de nuestros antiguos polígrafos», según frases de don José Nogales en *El Liberal*, ha aclarado un punto que traía confuso á éste al tratar de la proclama contra los franceses del famoso alcalde de Móstoles D. Andrés Torrejón; quién fuera el otro firmante del traslado expedido desde Casas del Puerto, de nuestra provincia, donde quedó

enfermo el postillón que trajo la alocución desde Móstoles á Extremadura. Dice Nogales (*El Liberal*, 23 de Enero):

«En la copia—fechada á 3 de Mayo—que fué á Mérida, Almendralejo, Fuente del Maestre, Fregenal de la Sierra, Jerez de los Caballeros, Higuera la Real y Cumbres de San Bartolomé, desde cuya villa se comunicó á Cortegana y Arcoche y toda la serranía de Aracena, consta firmado el parte por Andrés Torrejón y Antón Fernández. Mas el Sr. Roso de Luna en el catálogo de «legajos concejiles» de su libro inédito «Logrosán» tiene según me comunica con su característica amabilidad—el expediente relativo á la formación y funcionalismo de la Junta de Defensa Nacional, en aquel extremeño pueblo constituida. Encabeza dicho expediente el parte ó proclama del alcalde de Móstoles firmado por Andrés Torrejón y Simón Fernández ó Hernández.»

Este, en efecto, consta que era alcalde por el estado llano, como aquel lo era por el noble.

«El parte llegó á Logrosán, á las seis de la mañana del día 4 de Mayo, llevado por un fraile franciscano, cuyo nombre y circunstancias se desconocen. Entre Madrid y Logrosán hay más de 200 kilómetros de distancia, por lo que resulta admirable la celeridad».

—También publica Roso en el número de este mes del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, un interesante artículo titulado *Protohistoria extremeña*, en el que haciendo referencia á otros publicados en nuestra REVISTA, completa con nuevos datos sus estudios sobre la *Citania del lugar de Abertura en el partido de Logrosán*.—*Antas sepulcrales del Búrdalo y Conclusiones etnológicas*, ilustrando tan interesante trabajo con *croquis y facsímiles*.

S.



Erratas.—En la poesía inserta en el número anterior, página 37, se cometieron dos que varían su sentido.

En el primer verso dice *músico*, debe decir *musical*, y en el duodécimo dice *ojos*, debe decir *ojos negros*.

